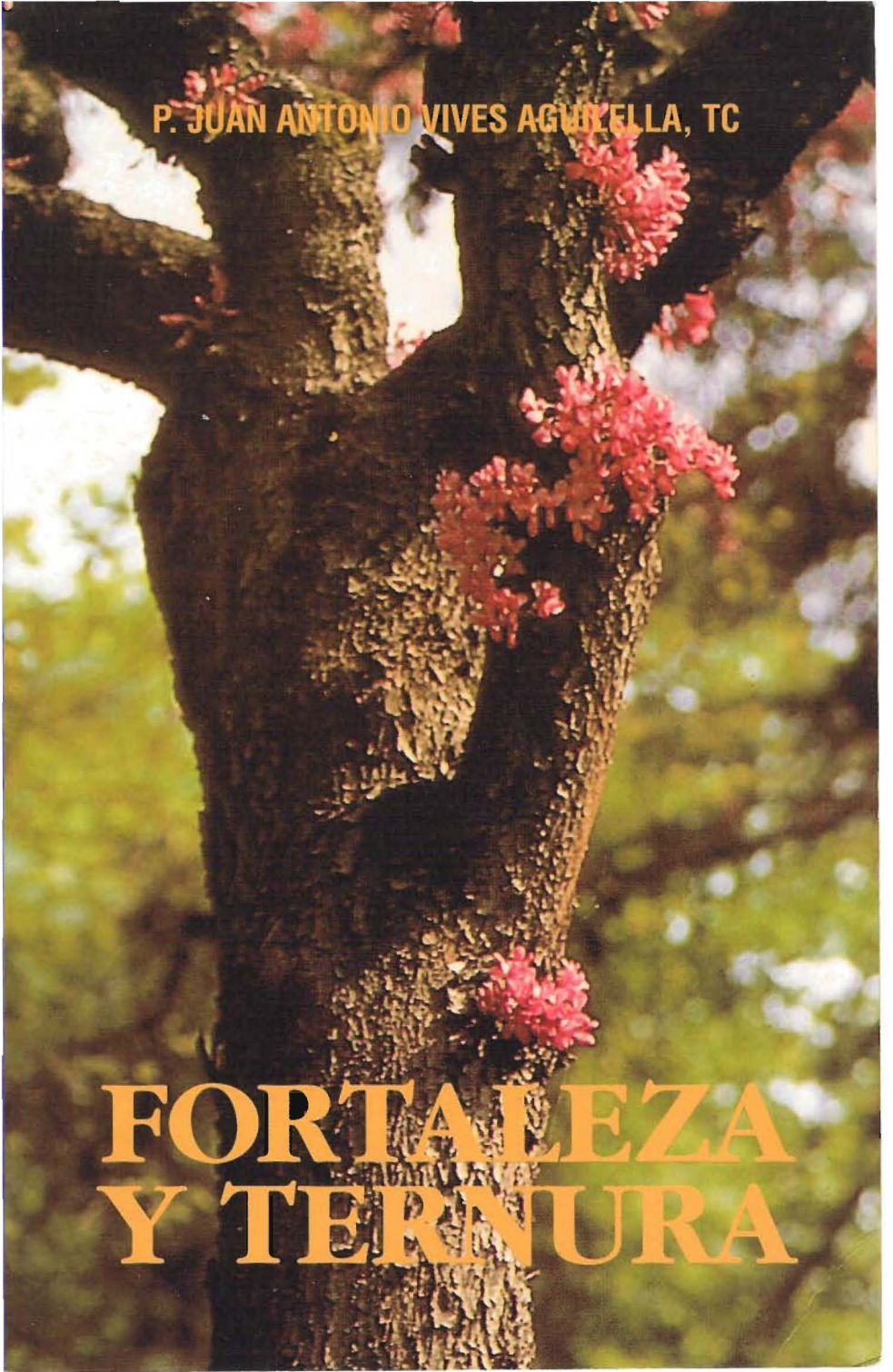




P. JUAN ANTONIO VIVES AGUIRRELLA, TC

FORTALEZA Y TERNURA

P. JUAN ANTONIO VIVES AGUILELLA, TC

FORTALEZA Y TERNURA

**Testimonio martirial de
Rosario, Serafina y Francisca,
Hermanas Terciarias Capuchinas
de la Sagrada Familia**

CURIA GENERAL

ROMA 1994

© Hermanas Terciarias Capuchinas
de la Sagrada Familia. Roma 1994.

Depósito legal: M-7.515-1994
ISBN: 84-604-9390-3

Imprime: Sociedad Anónima de Forocomposición.
Talisio, 9. 28027 Madrid.

Impreso en España - Printed in Spain

INDICE

<i>Presentación</i>	7
I. Luis Amigó y Ferrer. El Fundador	9
II. Tras las huellas del Buen Pastor	15
III. Testigos del amor	19
IV. Antecedentes de la guerra civil	23
V. La guerra civil española	29
VI. Se desata la violencia en Masamagrell	35
VII. Rosario de Soano. La gitana de Jesús	43
VIII. Serafina de Ochovi. Mujer de una pieza	63
IX. Francisca de Rafelbuñol. Una morena simpática	83
X. Rosario, Serafina y Francisca. Mártires de la fe	103
XI. La persecución: una constante del Reino	125

SIGLAS

- OCLA = *Obras Completas de Luis Amigó*, B.A.C., Madrid 1986. Esta obra se cita por su numeración marginal.
- PI = *Proceso Informativo* de las mártires Terciarias Capuchinas de 1936. Manuscrito. Se cita la paginación.

PRESENTACION

No se puede alcanzar la auténtica identidad si no se conoce y asume la propia historia. Descubrir el manantial, conocer las raíces, rastrear las huellas, son el comienzo válido de una trayectoria de futuro y esperanza en la verdad. Esta es la oportunidad que se nos brinda particularmente a las Terciarias Capuchinas en la presente obra: «FORTALEZA Y TERNURA» (Testimonio martirial de Rosario, Serafina y Francisca, Terciarias Capuchinas).

Con su característico lenguaje, ágil, sencillo y ameno, al mismo tiempo que con gran penetración psicológica y espiritual, el P. Juan Antonio Vives nos presenta la aventura de fe de nuestras tres Hermanas a quienes, no por casualidad, Dios concedió el don del martirio. Pero no se trata sólo de su testimonio personal. Su estilo de vida evangélica, en pobreza y sencillez franciscanas; su fe acendrada, su amor y generoso sacrificio, se han forjado y alimentado en la escuela espiritual de Luis Amigó, y expresan el espíritu que caracteriza a nuestra Congregación de Terciarias Capuchinas.

Por eso el relato arranca con la presentación de la persona del Fundador, Luis Amigó, y trae al recuerdo la figura de otras Hermanas que también llegaron a la heroicidad en la entrega de sus vidas; mártires de la caridad desde el momento de la fundación (1885: atendiendo a los apestados de cólera) hasta el momento

presente (1987: Inés Arango, en las misiones), ofreciendo así la visión unitaria de una historia hecha de «amor, abnegación y sacrificio», lema de la Congregación. ¡Un itinerario ininterrumpido de compasión y ternura, de fortaleza y martirio!

Mirarnos en la historia es abundar en nuestra identidad, es llegar al manantial, es invitación a la profundidad, a lo inagotable, vivo e inextinguible; es seguir las huellas orientando nuestros pasos sobre ellas. Leer así nuestro pasado es un reto para nuestra respuesta de hoy, un reto luminoso de vida y esperanza.

El testimonio martirial de Rosario, Serafina y Francisca, entregadas a causa de la fe, es una proclamación silenciosa de las palabras de Pablo: «no me avergüenzo del Evangelio» al mismo tiempo que verifica el anuncio del Señor: «Seréis odiados de todos a causa de mi Nombre, pero quien persevere hasta el fin será salvo» (Mc 13,13). Sus vidas, semilla que cae en tierra y germina, son gracia y promesa de fecundidad para la Congregación y para la Iglesia.

Agradecemos al P. Juan Antonio Vives su gesto fraterno con la Congregación al escribir con tanto cariño esta obra, así como su capacidad para descubrir, en esa historia secreta que el Espíritu va trazando en ella, «un poema de fortaleza y de ternura».

Mientras esperamos con gozo la palabra de la Iglesia para la beatificación de Rosario, Serafina y Francisca, acogamos con corazón abierto el mensaje de su vida y tratemos de vivirlo con entusiasmo.

Roma, 2 de febrero de 1994

Festividad de la Presentación del Señor.

*Hna. M.^a Elena Echavarren S.
Sup. Gral.*

I. Luis Amigó y Ferrer.

El Fundador

Luis Amigó y Ferrer nació en Masamagrell (Valencia, España) el día 17 de octubre de 1854. Fueron sus padres Gaspar Amigó Chulvi y Genoveva Ferrer Doset. A las pocas horas de nacer fue bautizado y se le impuso el nombre de *José María*, nombre que cambiaría por el de *Luis* al hacerse religioso capuchino.

Ya desde niño mostró inclinación al sacerdocio. Y a los doce años, sintiendo con más claridad la llamada del Señor, ingresó como alumno externo en el Seminario de Valencia. Compaginó entonces sus clases de latín con la profundización espiritual que le facilitaron progresivamente, la Congregación de S. Felipe Neri, la Escuela de Cristo y la Tercera Orden Franciscana Seglar. Estas asociaciones, al tiempo que le ayudaron a madurar su fe, encaminaron sus pasos al encuentro con los marginados de la sociedad. Las visitas a los hospitales y cárceles para compartir su salud y su libertad con los enfermos y con los presos y la alfabetización y catequesis de los niños en las barracas y alquerías de la huerta valenciana ocuparon así su tiempo libre.

Adolescente aún, sufrió la muerte prematura de sus padres. Y esta dolorosa circunstancia acreció en él los deseos de *mayor perfección*, de poder entregarse con más libertad a Dios y al prójimo, y se encaminó a Bayona (Francia), al noviciado que allí tenían los Capuchinos para sus vocaciones españolas.

El 12 de abril de 1874 vistió el hábito franciscano. Un año después hizo su profesión religiosa. Y a mediados de marzo de 1877, fray Luis de Masamagrell, como era conocido Luis Amigó entre los capuchinos, llegó a Antequera, entre los primeros religiosos que regresaban a España tras la exclaustación.

A punto de finalizar sus estudios teológicos, fue destinado a Montehano, donde el 29 de marzo de 1879 recibió la ordenación sacerdotal de manos del obispo de Santander. Inmediatamente comenzó a comunicar a los demás el amor con que se sentía amado por Dios, dedicándose incansable al apostolado de la palabra y de la acción misericordiosa. Su porción predilecta fueron, como en sus años juveniles, los marginados.

En la vecina cárcel de Santoña, aprendió por experiencia la ciencia del corazón humano, compartiendo la riqueza de su persona con los presos. Éstos, que al principio lo recibieron con suspicacia, fueron abriéndole poco a poco las puertas de su intimidad y muchos de ellos iniciaron un notable cambio en sus vidas. En sus visitas a la cárcel mostró, sin embargo, predilección por unos muchachos, casi niños, que encontró allí, reclusos con los mayores. Y fueron estos marginados del mundo

mismo de la marginación los que inquietaron desde entonces su espíritu con un gran interrogante: ¿Qué hacer por estos jóvenes?

Su primer bautizo fue el de un niño abandonado a las puertas del Convento de Montehano. Hecho éste que el P. Amigó consideró con el tiempo como un anuncio de la fundación que más tarde haría de las Hermanas Terciarias Capuchinas.

En 1881, tras ocho años de ausencia, el P. Amigó regresó a su Valencia natal y desde el Convento de la Magdalena, en Masamagrell, se dedicó con el ímpetu apostólico que le caracterizaba, a difundir y revitalizar por toda la región la Tercera Orden Franciscana Seglar. En esta nueva actividad encontró una eficaz ayuda en los amigos y compañeros con los que había compartido años antes el apostolado en cárceles, hospitales y barriadas.

Bien pronto, la Tercera Orden floreció con renovado espíritu y garra. Y algunas Terciarias y Terciarios, contagiados por su entusiasmo y buscando una entrega más radical a Dios, le pidieron unas Constituciones para poder dedicarse, como religiosos, al ejercicio de las obras de misericordia en favor de los más desfavorecidos.

El 11 de mayo de 1885 fundó la Congregación de Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, para atender a los enfermos, acoger y educar niñas huérfanas o de corrección paternal y propagar la fe entre los que no han recibido el Evangelio.

Y unos años después, el 12 de abril de 1889, hizo la fundación de los Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores y les confió la misión de educar cristianamente a los jóvenes apartados del camino de la verdad y del bien.

Por casi cincuenta años el P. Amigó acompañó la primera andadura de sus dos Congregaciones, confortándolas y animándolas con su cercanía y con su palabra.

En 1907 el Papa Pío X lo nombró obispo de Solsona y, en 1913, pasó a la diócesis de Segorbe. En ambos sitios dejó un recuerdo cariñoso y la impronta de su talante misericordioso.

El espíritu del P. Amigó está sintetizado en el lema que él mismo escogió para su escudo episcopal: *Doy mi vida por mis ovejas*. Cristo Crucificado y Buen Pastor y María al pie de la Cruz, contemplada bajo la estampa de sus siete dolores, son dos quicios sobre los que gira toda la vida espiritual de este gran apóstol de los tiempos modernos. Y este mismo espíritu, entretejido de fortaleza y misericordia, es el que transmite a sus Terciarias y Terciarios cuando en el *Testamento espiritual* les escribe:

Vosotros, mis amados hijos e hijas, a quienes Él ha constituido zagalas de su rebaño, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta volverla al aprisco del Buen Pastor¹.

¹ OCLA, 1831.

Rendido por los ochenta años de vida, plena de trabajos, penitencias y preocupaciones, el P. Amigó pasó de esta vida a la Casa del Padre el día 1 de octubre de 1934, siendo enterrado en Masamagrell, donde cada día son más los devotos que se acercan a visitar su tumba.

En 1950 se abrió en Valencia el Proceso para su Beatificación y Canonización y, el 13 de junio de 1992, el Papa Juan Pablo II lo declaró Venerable. En el decreto se lee:

Tenemos la convicción de que estamos ante un gigante de la vida espiritual, modelo y prototipo de religiosos, sacerdotes, obispos y fundadores².

² Decreto sobre la Canonización del Siervo de Dios Luis Amigó Ferrer, en A.A.S. LXXXV (1993) p.95.

II. Tras la huellas del Buen Pastor

«Todos los Institutos religiosos que hermocean la Iglesia de Dios —escribía el P. Amigó— se consagran de un modo especial a la práctica de la caridad, aunque no todos la ejercen del mismo modo. Cada Congregación tiene su espíritu propio según la misión que el Señor les confía. Y las Hermanas Terciarias Capuchinas, siguiendo el espíritu y las huellas de Jesucristo y de su fiel imitador S. Francisco servirán al Señor en vida mixta, entregándose unas veces a las dulzuras de la contemplación y dedicándose otras con toda solicitud y desvelo a las necesidades corporales y espirituales de sus prójimos»³.

El ideal de vida de las Terciarias Capuchinas, armoniosamente entretelado de contemplación y acción, se encamina, como todo ideal cristiano, a crecer y madurar personalmente en el amor junto a Dios y a transfundir este amor al prójimo en actitud de donación y servicio.

³ OCIA, 2359.1920.2293.

*No es posible —solía repetir el P. Amigó— amar a Dios sin amar también por Él al hombre, su obra predilecta, ni amar a éste con verdadero amor de caridad si se prescinde del amor a Dios. Ambos amores son como rayos emanados de una misma luz y como flores de un mismo tallo*⁴.

Pero el amor no crece, si no decrece el egoísmo. No es posible resucitar al mundo de los otros sin morir al propio yo. La capacidad de amar está en relación directa con la capacidad de sacrificarse. Y el P. Amigó, que había aprendido por experiencia la verdad de la vida, el amor, no deja de subrayar a sus hijas la necesidad de autoeducar la actitud penitencial para poder ser verdaderos testigos de misericordia:

*La vida de la Terciaria Capuchina es de grande abnegación y sacrificio, cual se requiere en todos los grados del apostolado de Jesucristo. Debéis andar siempre solícitas en el servicio de los prójimos, no perdonando medio alguno a este efecto, hasta sacrificar la propia vida si necesario fuere. No buyáis del trabajo que se hace por Dios. No temáis perecer en los despeñaderos y precipicios en que muchas veces os habéis de poner para salvar la oveja perdida*⁵.

Amor, abnegación y sacrificio —lema tradicional de las Terciarias Capuchinas— son las tres palabras en que se concentra su ideal de vida cristiana. Pero este ideal

⁴ OCLA, 1044.

⁵ OCLA, 1826.2359.1827.1831.

adquiere matices más concretos e identificantes desde las figuras del Buen Pastor, de la Familia de Nazaret y de Francisco de Asís, que son los modelos que el P. Amigó les propuso para crecer y madurar en el amor.

Junto al *Buen Pastor*, la Terciaria Capuchina está llamada a revestir su entrega a Dios y a los hermanos —especialmente, enfermos, abandonados, descarriados...— con los sentimientos de misericordia de quien:

conoce a los demás con un conocimiento entretelado más de vida que de conceptos;

va delante de ellos, siendo con su palabra y vida un modelo de identificación;

busca a los que se pierden, amando con preferencia a quienes tienen mayores carencias o necesidades;

y da la vida, desviviéndose callada y continuamente por todos con espíritu de total y completa dedicación.

En el ambiente pobre y apacible de Nazaret enriquece la lección de amor aprendida junto al Buen Pastor con la actitud de silencio y laboriosidad de José y con la ternura y fortaleza de María, Virgen del «fiat» y Madre solícita que se mantiene de pie junto a la Cruz de su Hijo.

Finalmente, el espíritu de Francisco, transmitido en la palabra y en el ejemplo de vida del P. Amigó, invita a la Terciaria Capuchina a vivir su entrega con la actitud del menor «que está en medio de sus hermanos como el que sirve»⁶.

⁶ Lc 22,27.

III. Testigos del amor

Cuando, el 11 de mayo de 1885, el P. Amigó hacía en el Santuario de Montiel (Benaguacil, Valencia) la fundación canónica de las Terciarias Capuchinas y les entregaba las Constituciones, no sabía aún que bien pronto tendrían sus hijas la oportunidad de poner en práctica el amor y sacrificio que, como ideal de vida, les proponía en ellas.

Pasados tan sólo unos días de tan solemne y gozosa celebración, el dolor ensombreció a la sociedad española y particularmente a los habitantes de la región de Valencia. El *cólera asiático* —como fue bautizada la epidemia del 85— empezó a hacer estragos en la población, cebándose especialmente en los más humildes y desprotegidos.

El mal se extendió rápidamente y el pánico se apoderó de muchos que, sanos aún, huían despavoridos de los pueblos, abandonando a veces a su suerte los seres más queridos, heridos ya por la enfermedad.

Las Hermanas —casi todas novicias todavía— escucharon desde el monte los gritos de dolor que provenían

del valle y, abandonando su tranquilo Tabor, bajaron a Benaguacil para atender aquellos enfermos a quienes nadie quería socorrer. El periódico *Las Provincias*, con fecha 4 de junio de 1885, se hacía eco de la actuación de las religiosas:

Digna de elogio es la conducta que están observando en estos aciagos momentos las Hermanas Terciarias, con la asistencia que están prestando a los enfermos coléricos allá dondequiera que se las manda. Es de desear que estas heroicas mujeres, que en aras de la caridad corren a los sitios más peligrosos para cuidar a los coléricos, se prevengan en lo posible contra la epidemia.

Pocos días después, es el pueblo de Masamagrell el que pide auxilio. Los esfuerzos que estaba haciendo la Orden Tercera con el P. Amigó a la cabeza para atender a las víctimas de la enfermedad, no eran suficientes y el Ayuntamiento pidió al Fundador la colaboración de la naciente Congregación. Él mismo nos relata el hecho con estas palabras:

El Ayuntamiento de Masamagrell me pidió también, con grande empeño, les enviase Religiosas que atendiesen a los enfermos de la peste. Por ser éste un acto heroico me limité a exponer a las Religiosas la petición, y decirles que si alguna se veía con ánimos para ejercer ese acto de caridad me lo dijese por carta; y como todas ellas estaban animadas de tan buen espíritu, no hubo alguna que no se ofreciese al sacrificio. Se designaron, pues, cuatro que viniesen a Masamagrell con el fin indicado⁷.

⁷ OCLA, 84.

Al poco de llegar, se ganaron, por su testimonio sacrificado de amor, el corazón del pueblo y de nuevo la prensa se hizo altavoz de su actuación:

Una simple invitación que los vecinos de Masamagrell hicieron a las Hermanas Terciarias Capuchinas del santuario de Montiel —escribía «Las Provincias» el 21 de junio— ha sido bastante para que se ofreciera toda la comunidad a asistir a los enfermos coléricos, siendo preciso que la superiora contuviera su fervor, marchando sólo algunas de las hermanas.

Tanto desafiaron los peligros, tanto despreciaron por amor la propia vida, que tres de ellas, las tres más jóvenes, murieron contagiadas por el mal.

Sor Clara del Grau (Encarnación del Toro), Sor Francisca de Alcalá de la Jovada (María de la Concordia Gisbert Moll) y Sor Serafina de Benaguacil (Rosa María Ibáñez), fallecidas en Masamagrell, junto con Sor María de los Desamparados de Sueras (María Gimeno Moliner), muerta en la atención a los coléricos de Benaguacil, constituyen el primer testimonio del amor vivido hasta el extremo que las Terciarias Capuchinas ofrecieron a la Iglesia y a la sociedad.

Y su muerte, como toda muerte martirial, fue semilla de nueva vida:

Pasada la epidemia —cuenta el P. Amigó con palabras que hacen recordar al Buen Samarita-

no— se vio que quedaban muchos niños sin amparo por haber muerto sus padres, y movido yo a compasión pensé en que podríamos recogerlos; y al efecto pregunté a la Madre Ángela que aún se hallaba la pobre muy débil, si se veía con ánimos para cuidar aquellos niños y llena ella de celo y movida de caridad, se ofreció a ello muy gustosa. Consulté el asunto a la Junta de la Tercera Orden, que lo aprobaron muy gustosos; y sin pérdida de tiempo alquilamos en Masamagrell una casa. Salimos luego por la población a recoger algunos muebles que nos ofrecieron, compramos jergones, sábanas, mantas y utensilios con varias limosnas, y, sin contar con más recursos, pero confiados en la Divina Providencia, que mantiene hasta las aves del cielo, abrimos el Asilo el día 9 del mes de agosto del mismo año 1885⁸.

Nació así el Asilo de Masamagrell, primera obra apostólica de la nueva Congregación.

⁸ OCLA, 86.

IV. Antecedentes de la guerra civil

Para entender la guerra civil española de 1936, hay que retroceder bastante las manecillas del reloj de la historia.

Los aires de la Revolución Francesa, tan cercana geográficamente a España, no lograron traspasar los Pirineos hasta entrado el siglo XIX. Con las *Cortes de Cádiz* (1812), la mentalidad liberal adquirió verdadera carta de ciudadanía en España y se inició una serie de luchas intestinas entre liberales y conservadores, que se prolongaron, con violencias y tensiones más o menos patentes, durante todo el XIX. Juntamente con esta naciente tensión política, fue desarrollándose también un fuerte sentimiento anticlerical.

La sucesión de Fernando VII (1833) acabó por desbordar las aguas de la violencia. Con su decisión de abolir la *Ley Sálica* y nombrar sucesora al trono a su hija Isabel en contra de los derechos de su hermano Carlos, Fernando VII dejó sumida España en dos fracciones

completamente antagónicas y enfrentadas. Junto a D. Carlos se alistaron los *conservadores*, e Isabel, para defender su trono, buscó amparo en los *liberales*. En el aspecto religioso, los conservadores se proclamaron fervientes católicos, mientras que los liberales, fieles a su pensamiento, agrupaban en su seno desde gente muy consecuente con su fe cristiana, hasta personas con fuertes sentimientos anticlericales.

El reinado de Isabel II estuvo marcado por la guerra. Durante la I Guerra Carlista (1833-1839) tuvo lugar la desamortización de Mendizábal y la exclaustración de la vida religiosa dentro del territorio nacional.

En 1868, como culminación de todo un período de enfrentamientos y violencia, fue proclamada la I República en España. El P. Amigó, que a la sazón tenía catorce años, se siente desconcertado; y ya en su madurez, recordando aquellos acontecimientos, escribe:

Yo, como de pocos años aún, no comprendía todo el alcance de aquellas manifestaciones; pero puedo decir que el himno de Riego que tocaban, las músicas y los vivas y mueras de los manifestantes, hombres y mujeres, causaban en mi ánimo tal impresión que no recuerdo haber llorado nunca tanto como en aquella triste noche ⁹.

La restauración monárquica en la persona del joven Alfonso XII (1875) no varió mucho la situación de fondo, aunque es cierto que el pacto de alternancia

⁹ OCLA, 11.

en el poder, firmado entre conservadores y liberales, mitigó la tensión política y la violencia callejera. El sentimiento anticlerical, sin embargo, iba tomando más fuerza.

Durante el reinado de Alfonso XIII la estabilidad política se deterioró progresivamente. A pesar de que la alternancia en el poder continuó hasta los años veinte, desde los inicios del siglo XX hay acontecimientos que indicaban una revolución en fermento. En 1909 tuvo lugar la *Semana Trágica* de Barcelona y en 1917 se inició una espiral de huelgas que se prolongó durante el siguiente año. En ambas circunstancias, como era ya costumbre, fue la Iglesia uno de los principales enemigos a castigar. La tensión, provocada a raíz de los acontecimientos de 1917, fue tan fuerte, que la futura mártir Sor Rosario de Soano, Superiora General entonces de las Terciarias Capuchinas, escribía:

*Previendo que, por alguna revuelta política, se obligue a las religiosas a salir de sus conventos, las Hermanas se dejaran crecer el cabello, tendrán listo el vestido seglar y pensada la casa donde acogerse, y, llegado el momento, estarán prontas para abandonar rápidamente la casa religiosa. Una vez dispersa la comunidad, cada hermana mantendrá comunicación por escrito con su superiora, pero sin revelar a nadie el paradero de ésta y poniendo en la dirección el nombre seglar*¹⁰.

¹⁰ IRIARTE, Lázaro, *Historia de la Congregación de Terciarias Capuchinas*, Roma 1985, p.163.

En 1923, el General Primo de Rivera dio paso a un gobierno dictatorial, consentido por el Rey. Se inició así una época de aparente tranquilidad y prosperidad. Pero esta paz, fruto de la libertad oprimida, no duró mucho tiempo. La recesión de 1929 y la consecuente devaluación de la peseta aceleraron la caída del General.

Finalmente, el 12 de abril de 1931 tuvieron lugar en España las elecciones administrativas. Los partidos republicanos, favorecidos por el malcontento que había dejado la Dictadura, alcanzaron la mayoría en las principales ciudades, y, aunque las elecciones no eran legislativas, interpretaron su triunfo como un no a la monarquía.

Alfonso XIII, comprendiendo que su apoyo al General Primo de Rivera había desprestigiado su imagen y queriendo evitar un inútil derramamiento de sangre, abandonó España y fue proclamada la II República.

Con el nacimiento de la nueva República se hizo patente con renovada vitalidad el sentimiento anticlerical que anidaba en algunos dirigentes políticos y en parte del pueblo. En sólo tres días fueron destruidos un centenar de edificios religiosos. Y el temor ante lo que podía suceder hizo reaccionar entonces a muchos superiores religiosos. El Consejo General de las Terciarias Capuchinas, que residía en el Noviciado de Masamagrell, decidió que las religiosas y novicias abandonaran la casa y regresasen a sus respectivas familias. La Madre Serafina, mártir después en 1936, al despedirse de las novicias les dijo:

*Tenéis que volver a vuestras casas. Si sois buenas, tornaréis al noviciado. Sed observantes*¹¹.

En estas circunstancias, las novicias de fuera de Valencia estuvieron de quince a veinte días en casa de otra futura mártir, Sor Francisca de Rafelbuñol, hasta que pudieron marchar a sus hogares paternos.

Restablecida la serenidad, la Comunidad de Masamagrell se reagrupó, aun cuando la política del Estado no era favorable a la Iglesia. En 1932 fue expulsada la Compañía de Jesús, laicizada la enseñanza y suprimido el crucifijo en las escuelas, y en 1933, con la famosa *Ley de Confesiones* se prohibía la enseñanza a los religiosos y se limitaba el culto católico.

El triunfo de las derechas en noviembre de 1933 no supuso un gran cambio en la situación. Con su falta de visión política en favor de las clases menos favorecidas, el nuevo gobierno sumió al país en un *bienio negro* dominado por las huelgas y revueltas de los trabajadores. Ante los desórdenes de Asturias (1934), el Gobierno, incapaz de adoptar medidas reformistas, optó por el uso de la fuerza.

Mientras tanto, las Hermanas Terciarias Capuchinas, en medio del clima de violencia e inestabilidad que caracterizó los tres primeros años de la II República, se vieron acompañadas aún por la figura del P. Amigó que

¹¹ PI, p.1081.

se encontraba ya en el último tramo de su andadura terrena. Sus palabras en estos tiempos difíciles fueron de consuelo y de ánimo, pero sin ocultar sus temores y esperanzas ante un futuro inmediato:

*No son, por cierto —escribía el P. Amigó en 1933 a sus hijas de Colombia— tiempos de alegría y de regocijo los que estamos atravesando en todo el mundo y de un modo especial en esta católica nación de España, en la que parece que el infierno ha puesto todo su empeño en descatólizár. Ciertamente que no lo ha de conseguir, pues cuanto más perseguidos, más se enfiervorizan los católicos y no dudo que hay pasta de mártires, si a tanto llegase la persecución*¹².

El 1 de octubre de 1934, cuando el P. Amigó fallecía, los acontecimientos españoles hacían ya presagiar lo peor.

¹² OCLA, 1927.

V. La guerra civil española

Las elecciones del 16 de febrero de 1936 dieron la victoria a una vasta coalición formada por socialistas, anarquistas, republicanos, radicales y separatistas catalanes de izquierda, a los que apoyaban también los comunistas. Las izquierdas obtuvieron 256 diputados frente a

los 163 de las derechas y 52 del centro.

Los primeros meses del *Frente Popular* —como se había autodenominado la coalición vencedora— fueron funestos. Proliferaron las huelgas, aumentó el paro, disminuyó la producción, cayó la Bolsa y la seguridad ciudadana, amenazada por los anarquistas y las juventudes de la coalición triunfadora, alcanzó sus más bajas cotas. Desde las elecciones de febrero a primeros de mayo, fueron incendiadas 160 iglesias y se cometieron 269 asesinatos básicamente políticos.

El Gobierno frentepopulista, en un desesperado intento de contener la degradación económica y social, pidió y obtuvo del Parlamento poderes extraordinarios. La medida, sin embargo, no le sirvió de mucho, pues era ya incapaz de contener los ímpetus revolucionarios

provenientes de sus propias filas. Los extremismos de derechas y de izquierdas, que se habían ido acentuando en los cinco años de República, acabaron por dividir a España en dos facciones antagónicas e irreconciliables.

Entre tanto, el descontento crecía también en las filas del Ejército. Los militares, que se habían mostrado respetuosos con la República, pero que vivían con preocupación los derroteros que iba tomando el país, se sintieron amenazados por una circular dirigida por el Gobierno de Moscú, en junio de 1936, a las células comunistas españolas pidiéndoles que eliminasen a los generales. El asesinato de Calvo Sotelo, diputado de las derechas, fue el acontecimiento que precipitó el levantamiento militar, iniciado en Marruecos el 17 de julio.

Lo que en un principio parecía ser un simple pronunciamiento, se convirtió pronto en una verdadera guerra civil, al quedar dividido el ejército entre contrarios y partidarios del legítimo gobierno de la Nación.

Tan pronto como se inició la contienda, las fuerzas revolucionarias, que anidaban en las bases de los partidos en el poder y particularmente en los comunistas y anarquistas, tomaron en manos la situación y desbancaron, en la práctica, al Gobierno Constitucional.

La persecución a las personas de derecha y a la Iglesia se hizo patente y se llevó a cabo con ensañamiento y al margen de todo respeto por los derechos

humanos consagrados también en la Constitución Republicana.

Durante los tres años que duró la guerra civil fueron asesinados en el bando republicano 13 obispos, entre ellos el sucesor del P. Amigó en la diócesis de Segorbe, Monseñor Miguel Serra Sucarrats, 4.184 miembros del clero secular, 2.365 religiosos, 283 religiosas y muchos miles de católicos seculares, ejecutados por el único delito de su fidelidad a la fe profesada¹³. También en la zona dominada por el General Franco hubo que lamentar víctimas entre verdaderos o presuntos opositores al Régimen e incluso entre algunos sacerdotes.

Ya en los primeros meses del enfrentamiento, la mayoría de las casas de las Terciarias Capuchinas, que se encontraban en la parte republicana, fueron saqueadas y sus religiosas dispersadas. En la parte de Valencia, donde había nacido la Congregación y donde estaba más arraigada, de un total de nueve comunidades solamente dos —Ollería y Carcagente— fueron respetadas y pudieron continuar desarrollando su apostolado durante el tiempo de la contienda. En Carcagente, en concreto, después de unos momentos de inseguridad, la situación cambió radicalmente, tras curar las Hermanas a un miliciano herido y atender con toda solicitud y delicadeza a los acompañantes. El mismo jefe de los milicianos reconocía al día siguiente:

¹³ MONTERO, Antonio, *Historia de la persecución religiosa en España*, B.A.C., Madrid 1961, pp.761-767.

—No sé qué tienen esas monjitas: al verlas nos han desarmado y no hemos tenido valor para hacerles nada¹⁴.

A partir de entonces, la CNT de Carcagente, en contra del parecer del Partido Comunista local, las tomó bajo su protección y les pidió que continuasen atendiendo el hospital y una casa que abrieron para ancianos. Incluso el jefe de los comunistas se convirtió en el mayor bienhechor de las Hermanas después de este diálogo mantenido con una de ellas:

—Seguramente, me tendrás rabia.

Fin manera alguna. Le amo a usted en Cristo como a un hermano y, si fuera necesario, daría la vida por usted.

—Nadie me ha hablado como tú... ¿Por qué no te casaste? Podrías haber hecho feliz a un hombre.

—¡Eso es poco! Yo quería hacer felices a muchos más, como usted ve que lo estoy haciendo con estos ancianos y ancianas, de día y de noche, sin ganar un céntimo, dando la vida gustosamente por ellos¹⁵.

Pero el caso de Carcagente, como el de Ollería, fue una excepción que confirmó la regla. Lo normal en la zona republicana, regida desde los inicios de la

¹⁴ IRIARTE, Lázaro, o.c. p.213.

¹⁵ IRIARTE, Lázaro, o.c. p.214.

guerra por ideas y máximas estalinistas, fue perseguir a muerte todo lo que oliera a Iglesia, olvidando que *la verdadera grandeza de ánimo, la fortaleza y el heroísmo son* —como decía el P. Amigó— *patrimonio de la fe*¹⁶ y olvidando también que no hay Iglesia más fiel que la Iglesia perseguida.

En tales circunstancias, los católicos, como los primeros cristianos de Roma, se fortalecieron con la persecución e iniciaron una verdadera Iglesia de Catacumbas.

Junto al gran número de sacerdotes, religiosos y laicos que continuaron celebrando su fe desafiando el peligro, encontramos también a muchos hijos e hijas de Luis Amigó:

Un Padre Terciario Capuchino —cuenta una Hermana Terciaria Capuchina refugiada en Madrid— venía a celebrar la misa a casa de una señorita amiga y nos dejaba al Señor reservado, lo que nos daba fuerza para la lucha. Recibíamos además el Sacramento de la Penitencia y comulgábamos siempre que podíamos. También nos reuníamos en una casa del Paseo de Recoletos donde se refugiaban otros sacerdotes y religiosos y tenían siempre al Señor reservado. Acudíamos allí para oír la Santa Misa y recibir al Señor en nuestros corazones. Él nos llenaba de fortaleza y alegría y así nada nos importaba con tal de dar testimonio de Cristo. Yo misma, ayudada con dos planchas, hacía por la

¹⁶ OCLA, 562.

*noche con la flor de la harina formas que llevaba a distintos sitios para decir la Santa Misa. Unas veces las pasaba entre un pan a los encarcelados. Otras las llevaba a casa de quien me llamaba por teléfono y me decía, según lo convenido: «traíganos algún panecillo»*¹⁷.

¹⁷ Testimonio de la Hermana Paula Gómez en ROCA, Tomás, *Historia de la Congregación de los Terciarios Capuchinos*, T. VI, vol. III, 1.^a parte, Valencia 1993, pp.177-181.

VI. Se desata la violencia en Masamagrell

Masamagrell, como todos los pueblos de la parte de Valencia, sufrió, desde los primeros momentos del levantamiento militar, la violencia desatada de los milicianos, que tomaron las calles con las armas y se hicieron en la práctica con el poder.

El día 18 de julio transcurrió con relativa tranquilidad y esperanza en la Casa Madre y Noviciado de las Terciarias Capuchinas. Las superiores, confiadas en la palabra de los milicianos que les habían dicho que estuviesen tranquilas y se limitasen simplemente a bajar las persianas de las ventanas y a cerrar las puertas, no se sobresaltaron ni decidieron, como habían hecho en 1931, abandonar rápidamente la Casa. Pensaron, quizá, que ahora, como entonces, todo era cuestión de aguantar unos meses y que las aguas volverían a su cauce.

Sin embargo, en esta ocasión, los acontecimientos se precipitaron sin darles tiempo a tomar iniciativas. El relato de las testigos nos cuenta así lo acaecido:

*El día dieciocho o diecinueve de julio, no habían tomado todavía, las religiosas, el plato de sopa de ajo para la cena, cuando se oyen fuertes golpes en la puerta que da al corredor donde se encuentra la de la Iglesia. Eran los milicianos que venían a invadir la Casa y echarnos fuera de ella a la fuerza*¹⁸.

Poco antes se había presentado la Madre Manuela de Almoines clamando: ¿Todavía están aquí? ¿Tienen la manía de quedarse? Ya están los milicianos a la puerta.

Las novicias nos vestimos antes de salir del Noviciado con los vestidos que usábamos antes de tomar el Santo Hábito. No pudimos salvar otras ropas y perdimos todo el ajuar. Intentamos subir de nuevo al Noviciado a recoger las ropas y nuestras cosas, pero los milicianos nos dijeron: ¡No suban! ¡No suban! ¡Se quedarán definitivamente allí! Nosotras, que entendimos la amenaza velada, desistimos de subir y nos fuimos con lo puesto encima.

Los sucesos de aquella hora producían en unas, tristeza y lloraban y, en otras, que no reflexionaban, risa, sin saber por qué.

*Cuando salimos del Convento, todas las novicias con la Madre Maestra y con Sor Francisca Javier nos refugiábamos en casa del «tío Chuán»*¹⁹.

¹⁸ PI, p.1213.

¹⁹ PI, p.1145.

La Madre Rosario y la Madre Serafina se refugiaron en la vecina casa de la Señora Carmen, de la familia apodada «el Mudets»²⁰.

A la noche siguiente, ya tarde, el Comité del Pueblo publicó un bando, en el que amenazaba que serían detenidas las personas que acogieran a las monjas, si éstas no se presentaban al Ayuntamiento. Nosotras viendo el peligro que corrían los de aquella casa, nos trasladamos inmediatamente a otra casa vecina, saltando la tapia y llevándonos los colchones para pasar la noche. Unos muchachos nos ayudaron en la empresa. Al día siguiente, desfílamos y buscamos, cada una donde pudo, un lugar donde albergarse y un trabajo para sustentarse²¹.

El día 21 de julio fue incendiada la Parroquia de Masamagrell y destruidas las imágenes de la Iglesia de las Hermanas:

Desde la casa donde estaba —cuenta una testigo— se veía el vandalismo que cometían en la Iglesia. Empezaban por echar las sagradas imágenes de sus nichos o peanas. Cada vez que arrojaban una imagen, que al caer hacía estrépito, los milicianos promovían un jolgorio de voces y gritos y tocaban la campana.

En nuestra capilla, cuando abrieron el nicho donde estaba colocada la Sagrada Familia, echaron de él la

²⁰ PI, p.1215.

²¹ PI, p.1145.

imagen de San José y precipitaron igualmente la de la Virgen Santísima. Después, trataron de arrojar del pedestal y del nicho la imagen del Niño Jesús, pero no podían, pues estaba fuertemente unida a la peana, y los milicianos decían:

—¡A este mocoso no lo podemos echar!

El acólito, un niño de siete años, hoy sacerdote, lloraba al ver lo que hacían con las imágenes los milicianos y al oír que insultaban al Niño Jesús, llamándolo: «mocoso».

Terminada la profanación de las imágenes y de nuestra iglesia, hicieron una pantomima de procesión con los ornamentos que quedaron recogidos aún del Padre Fundador. Yo misma lo vi por una rendija de una ventana. Uno de los milicianos iba tocado con la mitra del P. Fundador, la primera mitra que bordaron para consagrarle obispo²².

Providencialmente se salvó de la profanación el sepulcro del P. Amigó situado en una cripta detrás del altar mayor. Los milicianos intentaron derribar el tabique exterior y llegaron a abrir un boquete, del que aún se conserva la señal, pero en aquel momento alguien gritó: *¡Vamos a buscar a los vivos, que a los muertos siempre los tenemos!* Y quedó intacto hasta la vuelta de las religiosas²³.

²² PI, pp.1215-1216.

²³ IRIARTE, Lázaro, o.c. p.209.

El día 26 de julio acabaron de dispersarse las Hermanas. Permanecieron, sin embargo, en Masamagrell la Madre Rosario de Soano, Vicaria General de la Congregación, y la Madre Serafina de Ochovi, Consejera General y Superiora de la Casa Madre. Al iniciarse la revuelta las religiosas venían de todas partes a preguntarles qué hacían. Pero ellas estaban desconcertadas y, entregándoles algún dinero para que pudieran acomodarse, respondían:

*Nadie nos da luz. Hagan lo que el Señor les inspire. Márchense a sus casas. Son jóvenes y pueden trabajar todavía por la Congregación. Nos van a matar a nosotras*²⁴.

«Los milicianos —añade una testigo— querían matar a las Madres, porque decían, *eran las gordas*, las Superiores, las que tenían y *tragaban* el dinero»²⁵.

²⁴ PI, pp.1178 y 1217.

²⁵ PI, p.1217.



HERMANA ROSARIO DE SOANO, TC

Cuando las Hermanas, llevadas por sus buenas cualidades, decían: ¡Que gitana! Ella respondía divertida: ¡Soy la gitana de Jesús! (PI. p.1213).

VII. Rosario de Soano.

La gitana de Jesús

La hermana Rosario, la mayor de cuatro hermanos, nació el 13 de mayo de 1866 en el pequeño pueblo de Soano (Santander). Era hija de Antonio Quintana y Luisa Argós. A los dos días de nacer fue bautizada con el nombre de Petra María, pero su padre, al inscribirla en el registro civil, le dio el nombre de *Victoria*, con el que sería conocida hasta que se hizo religiosa.

Sus padres, un matrimonio cristiano ejemplar, educaron a los hijos en la guarda y fidelidad a los preceptos y enseñanzas de la religión.

La niñez de Victoria pasó tranquila y feliz ayudando a su madre en las labores propias de la casa. No tuvo oportunidad de recibir ninguna instrucción en las letras, pues la pequeña escuela que había en el pueblo era sólo para varones.

Tenía Victoria trece años cuando el segundo día de Pascua de 1879 asistió con sus amigas a la Misa mayor en

honor de la Santísima Virgen patrona del pueblo. Aquel día reinaba entre la gente una expectación especial. El predicador iba a ser un Padre, recién ordenado sacerdote, del vecino Convento capuchino de Montehano. Las expectativas no fueron vanas. El predicador estuvo tan bien, que una anciana, incapaz de contener la emoción, exclamó dirigiéndose al sacerdote: *Bienaventurado el vientre que te concibió* ²⁶. Lo que no supo entonces Victoria ni aquella viejecita es que el pobre predicador, que se llamaba Luis Amigó, lo pasó realmente mal pues «se olvidó por completo de la materia que llevaba escrita y muy aprendida y, confuso y afrentado, tuvo que continuar predicando como le inspiró el Señor» ²⁷. Lo cierto es que el P. Amigó se ganó desde este día al pueblo y especialmente a la juventud, para la que tenía un carisma especial. A partir de entonces muchachos y muchachas de Soano recorrían alegres los dos kilómetros que les separaban del Convento para pedir consejo al buen capuchino.

En 1880, un trágico acontecimiento ensombreció la alegría de la familia Quintana-Argós. Doña Luisa, víctima de fatal enfermedad, murió. Victoria, como mayor entre los hermanos, tuvo que responsabilizarse de la marcha de la casa:

Supo entonces de vacas, cuadras y piensos, de campos de beno y de pastoreo, de ordeño, leche y queso, de cultivo de hortalizas y de recolección y desgrane de maíz ²⁸.

²⁶ OCLA, 49.

²⁷ OCLA, 49.

²⁸ PI, p.677.



Iglesia donde fue bautizada la Hermana
Rosario de Soano

Un día, D. Antonio, que había vivido enamorado de su esposa, no pudo soportar más la nostalgia y soledad, y decidió contraer nuevas nupcias. También su segunda mujer era muy buena, pero, como suele suceder en estos casos, al nacer los hijos del nuevo matrimonio, empezaron a estorbar los del primero, y D. Antonio impulsó a Victoria a que encontrara trabajo y acomodo fuera de casa y a que atendiera a la educación de sus hermanos menores.

Entró así, Victoria, al servicio de una familia muy buena, que la acogió como una hija. Mensualmente recibía el salario de un duro, que ella no llegaba a tocar, pues su propio padre se encargaba de ir a cobrarlo.

Todas estas circunstancias le provocaron a Victoria una honda crisis. No le dolía trabajar, le dolía ver la situación de sus hermanos menores a los que no podía ayudar ni con el fruto de sus sudores. A veces, en medio de sus trabajos y dificultades exclamaba: *Y esto para criar a los hijos de otra*²⁹.

Buscando paz y tranquilidad para su espíritu, se dirigió de nuevo al Convento de Montehano y allí se enteró de que el P. Amigó, el joven capuchino que tanto le había impactado, acababa de fundar en Valencia una Congregación de Hermanas para atender, entre otros, a los niños huérfanos y abandonados. Este fin la conmovió profundamente, pues también ella estaba sufriendo en carne propia las secuelas de la orfandad. Desde entonces,

²⁹ PI, p.678.

la idea de hacerse religiosa, que desde pequeña había acariciado, fue tomando más fuerza.

Continuó visitando a los Padres Capuchinos en busca de consuelo y pidió con más insistencia a Dios luz para su decisión. No se precipitó, pero tampoco se retrasó cuando sintió con claridad la llamada del Señor. A inicios de mayo de 1889, llena de ánimo, escapó de casa y se dirigió a Montiel (Benaguacil, Valencia), donde el 8 del mismo mes ingresó como postulante en la Congregación de Hermanas Terciarias Capuchinas. Unos días después llegó a buscarla un hermano suyo, enviado por el padre, e intentó convencerla a regresar con toda clase de argumentos, pero ella había tomado ya su decisión. Su conciencia estaba tranquila, ya sus hermanos habían crecido y ella se sentía libre para dedicarse a Dios y al prójimo. Su hermano volvió a casa sin conseguir su propósito y cuando lleno de tristeza se lo comunicó a los otros, exclamaron: *Hemos perdido nuestra madrecita*³⁰.

El 14 de mayo de 1890, Victoria vistió el hábito religioso y cambió definitivamente su nombre por el de *Rosario*. El año de noviciado lo pasó compaginando armónicamente, como quería el P. Amigó, las dulzuras de la contemplación con el trabajo y la fatiga. Destinada por las superiores a ayudar en la cocina, no sólo cumplió con alegría y diligencia los trabajos encomendados, sino que encontró incluso el modo de ir adquiriendo la instrucción que las circunstancias de su vida le habían

³⁰ PI, p.680.

negado. Ella misma, con la sencillez y gracejo que la caracterizaban, lo recordará así con los años:

*Aprendí a escribir, estando en la cocina durante el noviciado. Guardaba yo algunos trocitos carbonizados de ramitas de naranjo y con ellos trataba de trazar, primero letras, luego palabras y frases sobre el banco del hornillo o en el mismo papel de estraza en que venían envueltos los géneros alimenticios*³¹.

Finalizando el año de noviciado, hizo la primera profesión el 14 de mayo de 1891.

En marzo de 1896, se reunió en Montiel el II Capítulo General de las Terciarias Capuchinas y la hermana Rosario fue elegida miembro del Consejo y *encargada* —como prescribían las Constituciones— *de las obras de caridad, esto es, de los hospitales y hospicios* dirigidos por la Congregación³². Desde entonces, hasta su muerte, formó parte del Gobierno General, ya como consejera (1896-1914 y 1926-1936) ya como Superiora General (1914-1926). Pasado un mes del Capítulo, el 14 de mayo de 1896, emitió los votos perpetuos.

Residiendo en Montiel, como miembro del Consejo General, la Hermana Rosario fue designada, en 1898, para formar parte de la Comunidad encargada de abrir el Asilo de Segorbe, destinado a acoger niñas huérfanas. La situación económica era difícil. Unos bienhechores habían construido y regalado la casa, pero el sustento

³¹ PI, pp.1088 y 1116.

³² OCLA, 2324.

dependía fundamentalmente de las religiosas. Había que ir a pedir limosna por los pueblos, de casa en casa. Y la hermana Rosario, criada sin anillos en las manos y educada desde niña en el duro trabajo manual, fue una de las más asiduas en esta humilde misión.

Al abrirse la casa de Alhama (Murcia) hacia 1899, la hermana Rosario se encontró de nuevo en el grupo de fundadoras. Iba esta vez como Superiora de la Comunidad. Se trataba ahora de dirigir en el pueblo una escuela primaria. La pobreza era tan grande, que las hermanas tuvieron que compaginar la enseñanza con la postulación de limosnas. Y a esta última labor se consagró especialmente la Superiora.

En 1902, tras ser reelegida Consejera General, la hermana Rosario es nombrada Superiora de Ollería. Recordando su viaje al nuevo destino, contará ella con gracia:

Las religiosas enviaron a un labrador a la estación de ferrocarril de Játiva con un burro, para que sobre esta cabalgadura hiciera yo el viaje hasta Ollería. El labrador quiso divertirse a costa mía y me contó que era tal la miseria del pueblo de Ollería, que en varias casas del pueblo hacían el cocido con un mismo trozo de tocino y cuando éste estaba completamente desgrasado lo entregaban al Hospital que dirigían las hermanas para que preparasen ellas el caldo³³.

El cuento del labrador no era del todo cierto, pero, como suele suceder, tenía su trasfondo de verdad. La

³³ PI, p.1094.

pobreza —presente en todas las primeras fundaciones de las Terciarias Capuchinas— reinaba también en la de Ollería. Y tampoco aquí se libró la hermana Rosario de tener que ser pedigüeña:

*Fue una madre solícita, abnegada y cariñosa para con los pobres ancianos y enfermos en el Hospital de San Juan Bautista de Ollería, proporcionándoles toda clase de alivios en la alimentación y vestido que ella misma pedía y recibía de personas bienhechoras*³⁴.

Tres años duró su primera estancia en Ollería. Años después (1911-1914) volvería al pueblo a presidir de nuevo la comunidad.

El año 1905, las Terciarias Capuchinas decidieron trasladar el Noviciado a Altura, pequeño pueblo situado muy cerca de Segorbe. Y la hermana Rosario tuvo que recoger otra vez su leve equipaje y ponerse en viaje. Venía a Altura como Maestra de Novicias. En su nuevo servicio, fiel al mandato de las Constituciones, «atendió con maternal solícitud a las necesidades espirituales y temporales de sus novicias y les enseñó, no sólo con la palabra, sino también y principalmente con las obras, en qué consiste la vida de la verdadera Terciaria Capuchina»³⁵:

Quien ora y vigilante camina en la vida religiosa —solía decirles— merece la corona de la perseveran-

³⁴ PI, p.1088.

³⁵ OCLA, 2328 y 2302.

*cia. Pedidla al Señor. Lo que Jesús promete a sus esposas, lo concederá sin duda alguna*³⁶.

Fueron también años de estrechez y pobreza, los años de Altura. La hermana Rosario, que por naturaleza tenía buena presencia, sufrió en carne propia las privaciones:

En cierta ocasión, mientras era Maestra de Novicias, veía sobre la cabeza de tres o cuatro novicias, que estaban en la iglesia, un resplandor como un halo de gloria y se acercaba a tocar en cada una de ellas. Cuando se lo contaron al P. José de Sedaví, que iba alguna que otra vez a hacer pláticas o Ejercicios espirituales a Altura, se echó a reír y le dijo:

*—Todo es hambre. ¡Coma! ¡Coma!*³⁷.

*Era ésta una temporada en la que estaba la pobre tan flaca, que el mismo P. José solía decirle: Hermana, parece «la caña de la doctrina»*³⁸.

Al finalizar el trienio para el que había sido nombrada Maestra de Novicias, la hermana Rosario fue reelegida de nuevo Consejera General y permaneció otros tres años en Altura como Superiora de la Comunidad. Durante estos años, D. José Piqueras, que había ayudado a las hermanas en las fundaciones de Colombia

³⁶ PI, p.1095.

³⁷ PI, p.1111.

³⁸ PI, p.905.

y que estaba ahora por Segorbe, le dio clases particulares con el fin de ayudarle a reforzar su instrucción y cultura.

El 25 de abril de 1914, se celebró el V Capítulo General de la Congregación y la hermana Rosario, que estaba finalizando su segunda época en Ollería, fue elegida Superiora General.

Con su carácter acogedor y animoso, infundió gran optimismo en las hermanas. En sus circulares firmaba: *madre y sierva en Cristo*. Anticipándose a los tiempos, echaba mano de métodos de diálogo responsable. Y durante los seis años de su generalato se hicieron, entre España y Colombia, siete fundaciones³⁹.

En 1919, acogiendo la petición de las religiosas de Colombia, que pedían insistentemente la visita de la Superiora General, la hermana Rosario emprendió viaje hacia América, llegando a Barranquilla (Colombia) el 27 de diciembre. La situación entre las religiosas de Colombia, que en pocos años habían aumentado y se habían extendido mucho, estaba tensa. Las Superiores Mayores, residentes en España, no acababan de entender ni de atender sus justas reivindicaciones en favor de una más equitativa representación en el Capítulo General y de una mayor autonomía en su gobierno regional.

Con su natural perspicacia, la hermana Rosario comprendió el estado de ánimo de las religiosas co-

³⁹ IRIARTE, Lázaro, o.c. p.581.

lombianas, se hizo portavoz de sus peticiones y se ganó su corazón:

*Su visita fue benéfica para acortar distancias y reforzar el espíritu, que veíamos en ella: fervorosa, alegre y entusiasta*⁴⁰.

*Llevó a las hermanas de Colombia los saludos fraternales y la bendición del P. Fundador, que tenía a las hermanas misioneras muy presentes en sus oraciones y en su corazón. Les hizo sentir la hermandad de toda la Congregación. Y su alegría, llena de espíritu de fe y de piedad, animó y consoló a todas y a cada una de las hermanas*⁴¹.

A lo largo del viaje por tierras colombianas, que duró seis meses, la hermana Rosario tuvo también ocasión de testimoniar el talante abnegado y sacrificado de su espíritu:

*Su celo infatigable y su espíritu de sacrificio se hacían presente, cuando se mostraba acogedora y bondadosa en el transcurso de viajes agotadores hasta de ocho días consecutivos a caballo. Las religiosas no oían de sus labios queja alguna. Al contrario, las estimulaba y animaba a ser fieles en su vocación y apostolado*⁴².

Apenas llegada a Riobacha, después de largo y poco acomodado viaje en barco, enfermó de fiebres. Pero su buen ánimo hizo que pronto se recuperase y giró la visita

⁴⁰ PI, p.703.

⁴¹ PI, pp.706-707.

⁴² PI, p.698.

a las casas de la Congregación entre los indios guajiros. Las incomodidades y asperezas del viaje no mermaron su empeño de visitar y convivir con sus hijas espirituales ⁴³.

Poco después de regresar de Colombia tuvo lugar, el 30 de noviembre de 1920, el VI Capítulo General en el que fue reelegida Superiora General la hermana Rosario. Su primera reacción fue echarse a llorar mientras decía:

—*¡Pero si soy inútil! Yo no sirvo para eso* ⁴⁴.

Las hermanas, sin embargo, sabían a quién habían elegido. La tónica de su segundo mandato estuvo en línea con el primero. Siete fueron también las fundaciones de este sexenio. Se interesó por que las religiosas se formasen adecuadamente y consiguieran los títulos apropiados para ejercer el apostolado. Y continuó animando a las hermanas con su palabra y ejemplo:

—*¡Sed humildes!; solía repetirles. Tened mucha presencia de Dios para hacer las cosas. Tened preeminencia por la caridad. No miréis los defectos de vuestras hermanas, sino su virtud. Cada hermana es imagen de Dios. Si queréis ser santas, os harán las de vuestra casa. El tiempo es oro, es a buen precio. Estad animadas cada vez más por el espíritu de abnegación y sacrificio, para que podáis llenar*

⁴³ PI, p.706.

⁴⁴ PI, p.1017.

la hermosísima misión de vuestra vocación religiosa, ganando muchas almas para Jesucristo ⁴⁵.

Tenía especiales detalles y palabras de cariño para con aquellas hermanas que desempeñaban los servicios más humildes o estaban comenzando su andadura religiosa:

—*¿Cómo está hermana, cómo va el trabajo?* Solía preguntar a las cocineras, a las que se acercaba a saludar con premura al llegar a una casa ⁴⁶.

—*¡Pobrecitas! ¡Pobrecitas! ¡Qué grande es la Providencia de Dios!* Repetía al ver llegar a las limosneras ⁴⁷.

Durante este su segundo mandato como Superiora General, la hermana Rosario tuvo la dicha de poder volver a ver y saludar a su anciano padre. Era el año 1922. El propio P. Amigó, que conocía muy bien su historia personal y los sufrimientos de su juventud la animó a regresar a Soano después de treinta y tres años.

Es verdad que la despedida de 1889 no fue de lo más pacífica y agradable. Las circunstancias obligaron entonces a la hermana Rosario a salir precipitadamente

⁴⁵ PI, pp.973.1187.1212 y Carta del 11 de noviembre de 1924 a la Comunidad de Riohacha, en Archivo General Terciarias Capuchinas.

⁴⁶ PI, p.652.

⁴⁷ PI, p.1118.

de casa. Las relaciones entre padre e hija habían llegado a ser tensas. Pero también es verdad que siempre se quisieron entrañablemente. D. Antonio sentía un afecto especial por su primogénita. Cuando alguien iba por Soano después de haber visitado Valencia, D. Antonio siempre le preguntaba lo mismo:

—¿Has visto a mi hija? ¿Has estado con ella? Y añadía para sí: ¿La volveré a ver?⁴⁸.

También la hermana Rosario, cariñosa siempre con toda su familia, tenía una especial delicadeza para con su padre a quien solía escribir cada mes y medio.

El momento del reencuentro rebosó de ternura y de emoción:

El pueblo preparó un gran recibimiento a la hermana Rosario. Hicieron un gran letrero con flores de diversos colores dándole la bienvenida. Lo colocaron vistosamente a la entrada del pueblo. Vino en un coche tirado por caballos, acompañada de dos monjas más. El pueblo entero salió a recibirla. Ella bajó del coche a la entrada del pueblo para saludarlos a todos. Su padre, con casi ochenta años, se arrodilló a sus pies, como para pedirle perdón. Pero ella, conmovida, lo levantó inmediatamente y le dijo: «No. No. Soy yo la que debe estar arrodillada a sus pies». ¡Qué emoción se apoderó de todos los presentes ante tal escena entre padre e hija!⁴⁹.

⁴⁸ PI, p.680.

⁴⁹ PI, pp.673 y 681.

En 1926, terminando su segundo mandato, la hermana Rosario convocó de nuevo el Capítulo General y el P. Amigó aprovechó la ocasión para mandar a todos sus hijos e hijas su *Testamento Espiritual*.

Según Constituciones, la hermana Rosario no podía ser reelegida Superiora General, pero las hermanas no quisieron renunciar del todo a la riqueza de su personalidad y experiencia y la eligieron Vicaria General. Días después, el Consejo la nombró Superiora de la casa de Meliana adonde llegó, como siempre, con sus maletas cargadas de ilusión y dispuesta a servir:

*Cuando había en Meliana alguna enferma, la Madre Rosario decía a la encargada: «No padezca. Yo haré de enfermera». Y se ponía a hacer los servicios más bajos que fueran necesarios*⁵⁰.

Al concluir sus tres años en Meliana, fue nombrada superiora de la Casa-Madre en Masamagrell. Iba a substituir a la hermana Serafina de Ochovi, compañera suya en el noviciado y en el Consejo General y compañera también después en el martirio. Eran dos grandes mujeres y con personalidades muy ricas, pero distintas:

Al día siguiente de llegar a Masamagrell la Madre Rosario, la Madre Serafina, que había cesado en el cargo, preguntaba ya, a primera hora por la nueva Superiora y al enterarse que estaba haciendo sola el Vía

⁵⁰ Pl, pp.1096-1097.

*Crucis, se asomó a la Iglesia y le dijo: «¿Qué? ¿Se cree que está en Meliana?»*⁵¹.

Como Superiora de Masamagrell a la hermana Rosario le tocó afrontar los difíciles días que sucedieron a la proclamación de la II República Española y experimentó el dolor de tener que abandonar por unos días la Casa Noviciado y la pena de comprobar que algunas hermanas, pasado el peligro, no regresaron más. Sin embargo, a pesar de los sufrimientos, su espíritu sencillo, acogedor y misericordioso se hizo también aquí patente:

*Estaba yo —cuenta una religiosa— encargada en Masamagrell de la ropería, donde había prendas de vestir sin usar y en cambio algunas de las huerfanitas internas iban mal vestidas y calzadas por ser muy pobres. Le dije a la Madre Rosario si podía atenderlas con lo que había y me respondió: «Sin dudar. Dales a esas niñas lo que necesitan. Dios nos proveerá por otra parte»*⁵².

A partir de 1932, el cargo de Superiora recayó otra vez en la hermana Serafina y la hermana Rosario se dedicó plenamente a atender los asuntos ancjos a su cargo de Vicaria General, para el que había sido reelegida este mismo año. Su trabajo se multiplicó con la marcha de la Superiora General a América en enero de 1936.

Cuando en los primeros meses del año 1936, la caótica situación de España hacía presagiar lo peor, la

⁵¹ PI, p.1205.

⁵² PI, p.1097.

hermana Rosario en sus conversaciones con las hermanas repetía:

*No nos acobardemos. Primero de todo dar la vida por nuestro Señor. No nos acobardemos, Él nos ayudará. Somos religiosas y tenemos que serle fieles hasta lo último. Y añadía con humildad: Quisiera ser mártir*⁵³.

La hermana Rosario, de buena presencia, alta y guapa, poseía un gran don de gentes por su carácter alegre, simpático y acogedor. Su alegría procuraba contagiarla a las hermanas para que viviesen alegres en el Señor:

*Cuando llegaba el recreo, si se daba cuenta que una religiosa estaba triste, la alegraba con su gracia natural. Hablaba muy bien a las hermanas. Y si tenía que corregir, lo hacía con buen aire. Era muy gitana. Sabía llevar a todas muy bien. A la misma Madre Serafina, que solía entristecerse y no lo podía evitar ni disimular, le decía: «Serafina ¿por qué estás así? ¿por qué estás triste?»*⁵⁴.

La bondad de su carácter se complementaba con la entereza de su espíritu mortificado y con su acendrada vida de oración. Mujer de honda vida espiritual, contemplativa y emprendedora al estilo de Teresa de Jesús, sentía franciscana devoción por el misterio de la Pasión del Señor y siguiendo el ejemplo del P. Amigó, cada día

⁵³ PI, pp.1099 y 1132.

⁵⁴ PI, p.1119.

lo meditaba en el Vía Crucis⁵⁵. Sentía también gran devoción a la Virgen del Rosario y cada día pedía con insistencia la venida del Espíritu Santo:

Un año, la sacristana que tenía mucha confianza con ella, al encontrarla el día de Pentecostés rezando sola en la capilla y conociendo su devoción, le dijo: «¿Qué? ¿Está esperando al Espíritu Santo?». Ella, sonriendo y mirando a la sacristana, respondió: «Guasona»⁵⁶.

Se distinguió asimismo la hermana Rosario por su cariño al P. Amigó, a quien veneraba y oía como fuente de consejo y de inspiración en el gobierno. También el P. Amigó la distinguió con su amistad. Y cuando éste murió, la hermana Rosario llorando inconsolable decía:

¡Ha muerto nuestro Padre! ¡Veremos qué nos dice!⁵⁷.

Su cariño por todo lo amigoniano se extendía también a sus hermanos, los Terciarios Capuchinos. «Se entusiasmaba al ver cómo llevaban los reformatorios y quería que las religiosas se encargasen de los reformatorios de muchachas, pero no había entonces personal preparado para desempeñar esta misión»⁵⁸.

⁵⁵ PI, p.1129.

⁵⁶ PI, p.1212.

⁵⁷ PI, p.1212.

⁵⁸ PI, p.1019.

K. Torres ROMERO



HERMANA SERAFINA DE OCHOVI, TC

El carácter franco de la hermana Serafina era, a mi modo de ver, el de Natanael: He aquí un verdadero israelita, un corazón leal y sin engaño.
(PI, p.1193).

VIII. Serafina de Ochovi. Mujer de una pieza

La hermana Serafina nació en Ochovi (Navarra) el 6 de agosto de 1872. Fue la penúltima de los ocho hijos nacidos del matrimonio formado por D. Hilarión Fernández y D.^a Juana Francisca Ibero. Al día siguiente de su nacimiento, fue bautizada con el nombre de *Manuela Justa*.

Los padres de Serafina, gente trabajadora y «con poco campo y pocas vacas»⁵⁹, constituían junto a sus hijos una típica familia patriarcal de la Navarra de entonces: buenos cristianos, piadosos y dispuestos a recibir de Dios todos los hijos que quisiera enviarles. La vida de la casa estaba ordenada según los preceptos de la ley de Dios. La familia rezaba reunida las oraciones de la mañana y de la noche y cada día asistía a la Parroquia para participar en la Eucaristía y rezar el Rosario.

⁵⁹ Pl, p.773.

La misma vida parroquial de Ochovi favorecía el ambiente cristiano que se respiraba en la familia:

La campana de la iglesia marcaba el horario de la vida del pequeño pueblo. Por la mañana, al toque de la oración, invitaba a todos a levantarse. Seguía el toque para la celebración de la Santa Misa. A mediodía, sentíamos de nuevo el toque de la campana para la oración del Angelus y lo mismo a la hora de la tarde para el rezo del Rosario. Los jóvenes, los muchachos y muchachas, nos reuníamos en la iglesia para rezar y cantar. Esto se hacía de ordinario. En las fiestas y domingos, era unánime la asistencia. La celebración del mes de Mayo en honor de la Virgen Santísima, de los Primeros Viernes de mes, las fiestas patronales... era todo al mismo tiempo cosa muy familiar⁶⁰.

No es extraño, pues, que, en este ambiente de fe y piedad, la familia Fernández-Ibero, como otras muchas familias del entorno, se viera favorecida en sus miembros por la llamada de Dios a la vida religiosa. De los ocho hijos que tuvieron D. Hilarión y D.^a Juana Francisca, cuatro se hicieron religiosos. Dos capuchinos, Fray Bernardo y Fray Otón y dos Terciarias Capuchinas, la hermana Serafina y la hermana Bernarda.

La niñez de Manuela Justa transcurrió feliz y tranquila, rodeada del cariño de sus padres y hermanos. Dividía entonces su tiempo entre la escuela, los pequeños trabajos domésticos y los juegos infantiles en la era del

⁶⁰ PI, p.774.

pueblo, en la que, con pocos medios pero con mucha creatividad, tanto se divertían los chiquillos y chiquillas. También asistía con asiduidad a las ceremonias parroquiales:

*Mis hermanos y yo —recordará ella con el tiempo— bajábamos a la iglesia, que dista unos diez metros de donde vivíamos, por una escalera de madera que había apoyada en una amplia ventana trasera de la casa*⁶¹.

Hacia 1886, parece ser que el P. Amigó, que ya había fundado a las Terciarias Capuchinas, tuvo que hacer, como consejero provincial de los capuchinos de España, un viaje de trabajo a Pamplona y a las otras casas del norte. Como buen pobre que era, aprovechó entonces el viaje oficial para procurar vocaciones a la naciente Congregación. Y, hablando con Fr. Bernardo de Ochovi, le preguntó si conocía algunas jóvenes que pudieran ser Terciarias Capuchinas⁶². Posteriormente, Fr. Bernardo habló de ello con sus hermanas y Manuela Justa, con catorce años, sintiéndose llamada por el Señor, se encaminó a Valencia a principios de mayo de 1887. Algún tiempo más tarde siguió sus pasos su hermana Petra Estefanía.

Tres años tuvo que esperar Manuela Justa para poder vestir el hábito religioso. No fueron, sin embargo, años perdidos los que pasó en Montiel como aspirante. De-

⁶¹ PI, p.776.

⁶² Cf. PI, p.778.

dicada a los humildes trabajos manuales de la casa, inmersa en el clima de piedad que allí se respiraba y en convivencia fraterna con las primeras Terciarias Capuchinas, tuvo la gran oportunidad de ir asimilando pausadamente el genuino espíritu de la Congregación, aprendiendo por experiencia el amor, la abnegación y el sacrificio.

El 14 de mayo de 1890 ingresó en el Noviciado y cambió su nombre por el de *Serafina*. La organización del noviciado con su tiempo armoniosamente distribuido entre la oración y el trabajo contribuyó eficazmente a fortalecer el espíritu de la hermana Serafina en las virtudes de humildad, sencillez, laboriosidad, mortificación, pobreza y obediencia que distinguieron su vida. Finalizado este año, hizo su primera profesión religiosa el 14 de mayo de 1891 y, cinco años más tarde exactamente, emitió los votos perpetuos.

En 1899, a pesar de su juventud, las superiores, que apreciaban el buen espíritu que animaba a la hermana Serafina, la nombraron Superiora de la casa de Segorbe. El cargo no era ninguna prebenda. Las dificultades económicas para poder sustentar a las niñas internas eran grandes. A la hermana Serafina le tocó, como había hecho un año antes la hermana Rosario, llamar de puerta en puerta en busca de *una limosnita por el amor de Dios*:

Una vez —relata una testigo— llamó a una casa y salió un hombre, seguramente poco humano y menos religioso, que viendo a la hermana Serafina, le

dijo a gritos: «¡A trabajar! ¡A trabajar y no a pedir limosna!». La hermana Serafina, en el acto, se ofreció humildemente a lavar la ropa sucia, si la tenía. Y aquel hombre, aceptado el ofrecimiento, quedó agradecido y confundido⁶³.

Al celebrarse en 1902 el III Capítulo General de la Congregación, la hermana Serafina fue elegida Consejera General, cargo para el que fue reelegida durante el resto de su vida. A continuación, compaginó en Masamagrell sus trabajos en el Gobierno General con la formación de las novicias, ayudando a la Maestra.

Cuando en 1905 el Noviciado pasó a la casa de Altura, marchó allí, la hermana Serafina, de Superiora. Fueron tres años fecundos y felices de su vida en los que pudo compartir las alegrías y tristezas cotidianas con la hermana Rosario, otra gran mujer y amiga suya hasta la muerte, que había ido también a Altura como Maestra de Novicias. También en esta casa salió la hermana Serafina muchas veces a pedir la limosna con que aliviar la difícil situación y cuando ella no podía acompañar a las hermanas, las solía despedir con estos consejos:

No toméis mal ejemplo de los de fuera. Dad buen ejemplo a todos. No dejéis de cumplir, fuera del convento, lo mandado por las Constituciones, en cuanto a rezos, precauciones y demás advertencias⁶⁴.

⁶³ PI, p.1236.

⁶⁴ PI, p.1121.

En Ollería, donde llegó como Superiora en 1908, tuvo ocasión la hermana Serafina de reforzar su fe en el Dios Providente de que siempre se fió el P. Amigó. Aquí, como había sucedido un día en la fundación de la primera obra apostólica de las Terciarias Capuchinas, la generosidad de Dios, que *mantiene hasta la aves del cielo* ⁶⁵, se hizo también patente:

Una vez —cuenta una hermana— fui a decirle que no teníamos pan en casa. Ella me dijo: «Vaya al Sagrario y diga al Señor: Señor no tenemos pan».

Y me fui al pie del Sagrario a decir a nuestro Señor que no teníamos pan, como me había dicho la hermana Serafina, que, por su parte, oraba al Señor igualmente, confiando en su Providencia.

Contemporáneamente, los encargados del pan de S. Antonio habían hecho panes con el dinero que había en el cepillo del Santo, y se dijeron: «¿Adónde lo llevaremos?» Y pensaron de repente llevarlo al Hospital de Ollería. De este modo, nos proveyó el Señor con grande alegría de la hermana Serafina y admiración mía.

Otra vez, le dije: «¡Madre Serafina, no tenemos ropa ni camisas!» Me respondió: «Vaya al Sagrario y dígame a Nuestro Señor lo que nos hace falta». También me fui al Sagrario a repetir la petición. Y estando en esta situación, llaman a la puerta del Hospital dos

⁶⁵ OCLA, 86.



Casal natal de la Hermana Serafina,
en Ochovi (Navarra)

hombres, que nos traían como obsequio dos piezas de tela. Y se hicieron con ellas las camisas que necesitábamos urgentemente. La consigna de la hermana Serafina era siempre, como recurriendo a un refugio seguro: «Id al Sagrario»⁶⁶.

Finalizado en 1911 el trienio para el que fue nombrada superiora, la hermana Serafina dejó la casa de Ollería en manos de la hermana Rosario. No se sabe con seguridad si regresó aquí en 1914. Lo cierto es que en diciembre de 1916 sus pasos se dirigieron a Carcagente. Los vecinos de este pueblo hicieron entrega a las Terciarias Capuchinas de un hospital que venía funcionando desde el siglo XV y la hermana Serafina fue al frente de la comunidad.

Pronto las religiosas y especialmente la hermana Serafina se ganaron el cariño del pueblo:

Aquí todas la querían por su trabajo y atención a los enfermos y al cuidado de la Casa. El administrador estaba contentísimo de ellas, particularmente de la hermana Serafina a la que estimaba mucho por su seriedad y trabajo⁶⁷.

No obstante, hubo en la casa unos momentos de tensión en los que, una vez más, la hermana Serafina puso de manifiesto el temple de su carácter:

Sucedió que el albacea de una testamentaria le entregó una suma de dinero para que la emplease en

⁶⁶ PI, pp.1130-1131.

⁶⁷ PI, p.1246.

*el Hospital, pero con la condición de que no interviniesen en ello ni el administrador ni el delegado del Ayuntamiento. Éstos lo vinieron a saber y le rogaron e insistieron para que hiciera la declaración del dinero y lo entregase a la administración. La hermana Serafina se negó a lo que le exigían, por lo que fue llevada a los tribunales, que la dejaron en libertad de disponer de la suma en beneficio del Hospital, como en efecto hizo. El alcalde de Carcagente y el administrador del Hospital quedaron edificados de ella. Nada hacía por egoísmo*⁶⁸.

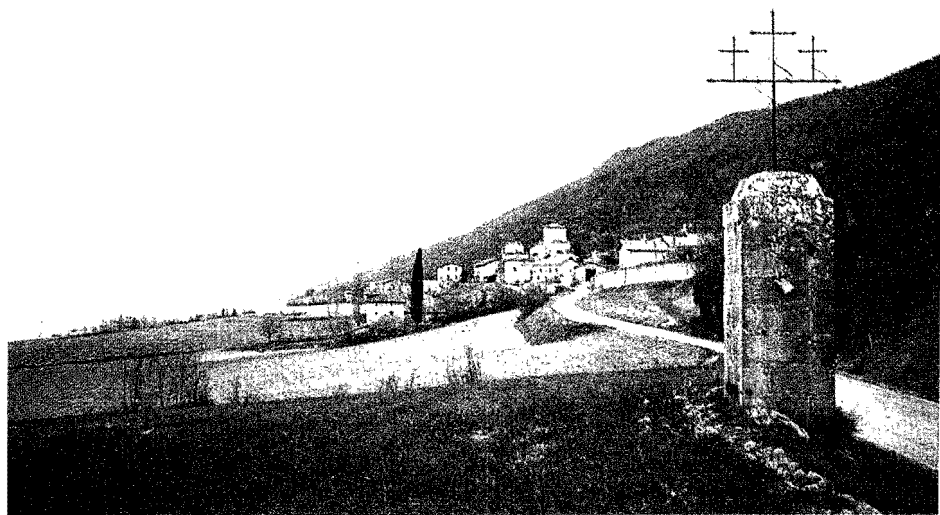
Siete años estuvo la hermana Serafina en Carcagente hasta que, en 1923, fue destinada a Masamagrell, la casa donde transcurrió ya el resto de su vida con el solo paréntesis de su permanencia en el Seminario de Valencia (1931-1932).

En Masamagrell, como había hecho en las otras casas, dirigió la comunidad con ese gran corazón de madre que tenía y que a veces escondía tras un talante serio y seco. Los consejos que daba aquí a las cocineras son una buena síntesis de ternura y delicadeza:

*En la cocina debe haber limpieza en todo. Preparad las comidas de las hermanas bien hechas, considerando que son esposas de Jesucristo. Hermanas, hacedlo todo por amor de Dios*⁶⁹.

⁶⁸ PI, pp.1246-1247.

⁶⁹ PI, p.1123.



El pequeño pueblo de Ochovi, en Navarra

Cuando en 1927 el Noviciado fue trasladado de nuevo a Masamagrell, la hermana Serafina era aún Superiora de la Comunidad y con su palabra y especialmente con su ejemplo influyó notablemente en la formación de las jóvenes según el espíritu de la Congregación:

Era —cuenta una hermana— muy buena y muy observante. La primera en los oficios, particularmente en el lavadero. Entonces se lavaba siempre a mano. Iban a lavar las postulantes y las novicias y ella a la cabeza. Nos animaba a lavar con sus palabras, pero sobre todo con su ejemplo⁷⁰.

⁷⁰ PI, p.1073.

La hermana Serafina —añade otra hermana— se fijaba cómo lavábamos y cuánto jabón gastábamos. Solía decir: «¡Criaturita no ponga tanto jabón! ¡Friegue, friegue!» A veces se enfadaba un poco y decía invariablemente: «Criaturitas de Dios ¿por qué hacen esto? Criaturitas de Dios ¿por qué hacen esto?»⁷¹.

Sabía comprender también el espíritu revoltoso y juguetón de las jóvenes religiosas y aceptaba muchas veces sus travesuras con un cierto aire de inocente y divertida complicidad:

Un año en la fiesta del Rosario, que es la Patrona de Manizales, estábamos en el salón que había encima de las habitaciones del P. Fundador, que se encontraba en casa. A una se le ocurrió decir: «¡Bailemos por la fiesta!». Y otra añadió: «Sí, bailemos como se hace en nuestra tierra. Los gaiteros encima de la mesa. Los demás al baile». Y así lo hicieron. Yo quedé de guardia en la puerta para avisar si venía alguien. Ante el ruido que se armó, subió D. Romualdo. Al divisar su sombra dije: «¡Que viene! ¡Que viene!». Cuando él llegó estábamos todas formalitas. En el recreo de la noche, D. Romualdo dijo: «¡Hermanas, digan lo que sucedía arriba esta tarde!» Al final contamos lo que habíamos hecho. El P. Fundador se reía paternalmente. Y la hermana Serafina dijo: «¡No se preocupen! Si pueden hacerlo otra vez, lo repiten»⁷².

⁷¹ PI, p.1100. Cf. *ibidem*, p.1253.

⁷² PI, p.1242.

Otro día, en el ejercicio de la culpa, se acusaron cuatro novicias de que habían comido chocolate. La hermana Serafina les preguntaba dónde lo habían comido, pero ellas no sabían como decirlo. Finalmente, una explicó que se trataba del chocolate que había quedado adherido a la cacerola. Ante esta explicación, la hermana Serafina exclamó: «¡Eso no es comer chocolate!»⁷³.

En cierta ocasión, sobraron naranjas del postre de la comida. La hermana Serafina mandó que nos las dieran a las novicias que estábamos en el recreo. Las distribuyeron «a la replegá», como dicen en valenciano, es decir echándolas al aire para que cada una cogiese las que pudiese. Hubo un gran jolgorio. Después, la que nos trajo las naranjas, nos transmitió este consejo de la hermana Serafina: «No se mortifiquen en el postre; mortifíquense en el genio»⁷⁴.

A veces, sin embargo, el genio de la hermana Serafina podía más que ella, como le sucedió en estos casos:

Tenía en la comunidad de Masamagrell a la hermana Margarita, que era un modelo de obediencia ciega y esta hermana, paseando en cierta ocasión por la buerta vio los primeros tomates maduros, los cogió y se los llevó a la hermana Serafina en momento poco oportuno. Ella le dijo secamente: «Cómase los en ensalada». Cosa que ciertamente cumplió al pie de la letra la hermana Margarita⁷⁵.

⁷³ PI, p.1134.

⁷⁴ PI, p.1257.

⁷⁵ PI, p.1243. Cf. *ibidem*, pp.1123-1124.

En otra ocasión, se encontró con una religiosa muy amargada y simplemente le dijo: «Tome este pañuelo para que se seque las lágrimas»⁷⁶.

Al abrirse, en 1929, la casa de Albarracín, las hermanas designadas para la fundación fueron a Masamagrell a despedirse del Consejo General y la hermana Serafina que era aún Superiora de la Casa, con el estilo sobrio y profundo que la caracterizaba, les dio estos consejos:

*Tened el día de retiro mensual y leed siempre algún libro espiritual. Conservad la vida interior. Y considerad siempre que una religiosa es auténtica cuando es humana*⁷⁷.

Con la proclamación de la República, en 1931, la economía eclesiástica sufrió un serio revés y D. Javier Lauzurica, obispo auxiliar de Valencia y gran amigo del P. Amigó, le pidió que, por favor, las Terciarias Capuchinas se hiciesen cargo de la cocina, enfermería y lavado de ropa del Seminario de Valencia. Aceptada la petición, fue designada superiora la hermana Serafina. La empresa no era fácil, pues como suele suceder en una casa compleja donde son muchos a mandar, hay necesidad, a veces, de poner a la gente en su sitio. Y para esto, se las pintaba sola la hermana Serafina:

Un día en que había numerosos invitados, se presentó en la cocina el mayordomo del Seminario y

⁷⁶ PI, p.1205.

⁷⁷ PI, pp.1135-1136.

empezó a lamentarse del servicio y a reprender a las religiosas. Apenas se dio cuenta la hermana Serafina, se dirigió a él y le dijo: «Ud. manda en las cosas del Seminario, en las religiosas mando yo. Bastante tienen ellas con su trabajo ordinario y con el aumento que les proporcionan los huéspedes». El mayordomo se calló y se fue inmediatamente de allí⁷⁸.

Pero también aquí, en el Seminario, puso de manifiesto la hermana Serafina su espíritu de servicio y abnegación:

Su espíritu de trabajo le hizo ser una vez más el ejemplo de sus hermanas, haciéndose toda para todos. Era la primera en la faena, es decir, en limpiar, coser, planchar. No perder tiempo era su consigna⁷⁹.

Llevaba tan sólo un año en el Seminario, cuando, en 1932, se procedió de nuevo al nombramiento de superiores. El puesto más delicado era la casa de Masamagrell. La Consejera General propuesta para el cargo no se sintió con fuerzas para aceptar y fue designada otra vez la hermana Serafina, quien al conocer el resultado exclamó llorosa:

—¡Finalmente a mí! ¡Finalmente a mí!⁸⁰

La nueva y última etapa en Masamagrell como responsable de la Casa siguió la tónica de siempre, siendo la primera en trabajar y dar ejemplo a todas las hermanas

⁷⁸ PI, p.991.

⁷⁹ PI, p.1122.

⁸⁰ PI, p.1113.

y especialmente a las novicias. Las circunstancias, sin embargo, habían cambiado y a veces las conversaciones comunitarias giraban en torno a la situación política. A la hermana Serafina, no le gustaba esto y solía cortarlo:

Cuando en vísperas de la guerra civil, algunas hermanas se quejaban de la persecución que sufría la Iglesia y de la profanación que se cometía en los cálices y otros vasos sagrados, la hermana Serafina solía contarnos que el Señor, a Santa Gertrudis, que también se quejaba de cosas semejantes, le dijo: «Más me disgustas tú quejándote, que ellos haciéndolo»⁸¹.

Lo que sí le gustaba comunicar entonces con frecuencia a la hermana Serafina es un pensamiento que desde hacía años la inquietaba:

¡Comprendo!, comenzaba diciendo. Luego dicen que nuestro Señor no tiene preferencias. ¡Santa Teresita, que vistió el hábito el mismo día que yo, a los veinticuatro años ya es Santa. Y a mí, vieja ya, me tiene aquí, tan lejos de ella. Podría estar tan cerca!⁸².

La hermana Serafina era alta y de cabellos rubios, gruesa pero ágil y activa.

Tenía, como se ha visto en el recorrido por su vida, un carácter franco, sin rodeos ni etiquetas, noble. Decía

⁸¹ PI, p.1219.

⁸² PI, p.1180. Cf. *ibidem*, p.1105.

a lo blanco, blanco y a lo negro, negro. No era amiga de apariencias y zalamerías⁸³:

En cierta ocasión fue a Palacio con otra hermana a resolver un asunto. La otra hermana, después del saludo reverente, empezó a divagar, a dar vueltas y más vueltas en la conversación, intervino entonces ella y dijo: «Hemos venido a esto y a esto y queremos esto»⁸⁴.

La franqueza iba acompañada a veces de un primer pronto de sequedad y hasta de brusquedad. Daba entonces la impresión de ser *un diamante en bruto*⁸⁵. Pero después de ese pronto, aparecía siempre su fondo tierno y compasivo:

Era toda para todos, a pesar de tener un carácter serio. Daba en brusco, pero era entera, maja. Hablando con ella en particular era afectuosa y cariñosa⁸⁶.

Tenía, en verdad, el genio pronto, pero era muy noble. Todo corazón. Se le pasaba pronto. Era simplemente el genio⁸⁷.

Le saltaban con frecuencia las lágrimas, pero no por debilidad, sino fruto de la bondad de su corazón. Era de condición compasiva⁸⁸.

⁸³ Cf. PI, pp.1007.1021.1120.1230.

⁸⁴ PI, p.1230.

⁸⁵ PI, p.1043.

⁸⁶ PI, p.1133.

⁸⁷ PI, p.1007.

⁸⁸ PI, p.1105.

Además, su humildad y sencillez la disponían a pedir inmediatamente perdón a quien hubiese podido ofender:

*Cuando se había excedido, en palabras, se arrodillaba delante de las hermanas y les pedía perdón*⁸⁹.

*«¿Es que tengo yo este genio! ¡Soy así, soy así!»*⁹⁰, decía. Y, a veces, ella misma se reía, después de haber dado un «rapapolvo» a alguna hermana, dejándose llevar de su genio, con lo que reconocía humildemente su carácter pronto⁹¹.

En la vida de piedad, era devota de Jesús Sacramentado, de la Santísima Virgen, particularmente en sus advocaciones de la Inmaculada Concepción y de Nuestra Madre de los Dolores, de San José y de San Francisco⁹². Y en la observancia no se permitía concesiones:

*Era muy observante y no quería excepción alguna en su favor. En la comida, por ejemplo, no admitía que le sirbiesen un buevo como extraordinario, si no lo servían a las otras hermanas*⁹³.

Se distinguió también por su franciscano amor a la pobreza:

*Era una religiosa de las que no hay, ni buscándolas con un candil. Una verdadera franciscana por su amor a la pobreza y por su dedicación al trabajo*⁹⁴.

⁸⁹ PI, pp.1192-1193. Cf. *ibidem*, p.1007.

⁹⁰ PI, p.1180.

⁹¹ PI, p.1247.

⁹² PI, pp.1119-1122.

⁹³ PI, p.1121.

⁹⁴ PI, p.985.

En cierta ocasión, al finalizar el semestre, hicimos balance. Sacó la caja, la vació y en el fondo había una estampa de San Francisco Javier y me dice: «Él guarda el fondo». «¿Navarrica, eh?», respondí. Hicimos el recuento y había un pequeño superávit, poco a mi parecer, pero que para ella, como capuchina, sobraba. Al día siguiente me llama y me comunica: «Una parte de la pared de la huerta se ha caído, ya se van las pesetas para allá; no nos hacen falta»⁹⁵.

Para su uso prefería lo más pobre que había en casa. ¡Era más maja!»⁹⁶.

Su espíritu de mortificación, hecho vida en la actitud de menor que acompañó su existencia, se pone de manifiesto también en esta anécdota:

Era tan mortificada y estaba tan convencida de que la religiosa necesita poseer el espíritu de mortificación, que en esto no admitía condescendencias. En las calurosas noches de Valencia, alguna vez soplaban el viento fresco del norte. Las jóvenes, sobre todo, pedían que se alargase el recreo y las navarricas decían a la hermana Serafina: «¿Cómo sopla el ciercico! Esperemos un rato más» Pero ella respondía secamente: «Con ciercico, ¡a la cama!»⁹⁷.

Como todas las religiosas antiguas, tuvo además un gran amor a la Congregación y a su Fundador⁹⁸.

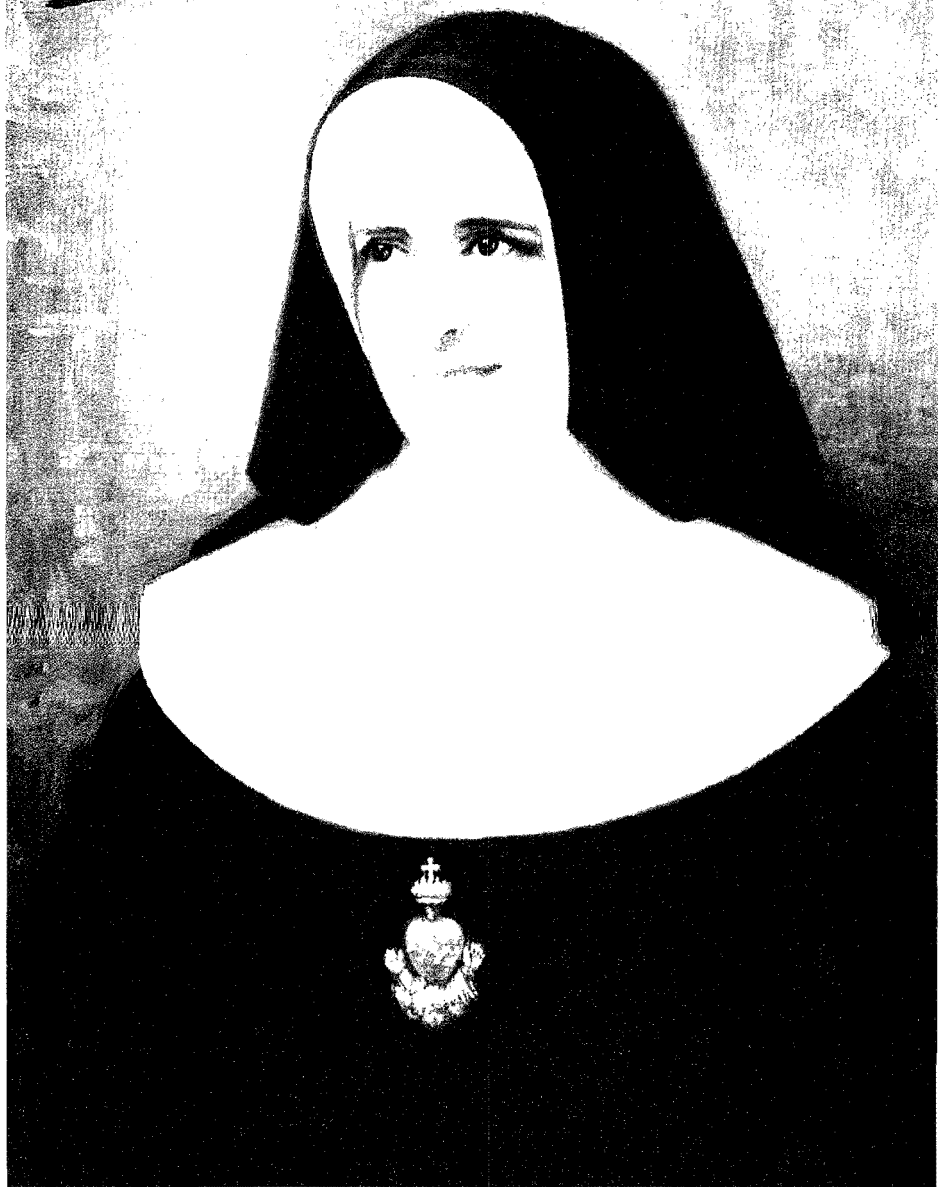
⁹⁵ PI, p.772.

⁹⁶ PI, p.1121.

⁹⁷ PI, p.1259.

⁹⁸ PI, p.1122.

TORRES ROMERO



HERMANA FRANCISCA JAVIER DE RAFELBUÑOL, TC

«Era alegre, jovial y buena. Una morena muy simpática, con unos ojos negros que hablaban» (PI, p.1082).

IX. Francisca de Rafelbuñol.

Una morena simpática

La hermana Francisca nació en Rafelbuñol (Valencia) el 24 de mayo de 1901. Al día siguiente de nacer, fue bautizada y se le impuso el nombre de *María*. Sus padres, José Fenollosa y María Rosa Alcaína tuvieron doce hijos, de los que dos murieron de pequeños. Los otros diez, cinco chicos y cinco chicas, crecieron juntos. María era la mayor.

La familia Fenollosa-Alcaína era pobre. D. José, después de cultivar las pocas tierras que poseía, tenía que ir de jornalero a labrar los campos ajenos para tirar adelante la familia. D.^a María Rosa, además de atender las labores propias de la casa y de la educación de sus hijos, se empeñaba en la recogida o envasado de frutas y hortalizas para reforzar así la deficiente economía. Eran, sin embargo, D. José y D.^a María Rosa, dos católicos fervientes que educaron a sus hijos de acuerdo a la ley de Dios y a las enseñanzas de la Iglesia. La familia, reunida, rezaba cada día el Rosario y «los domingos iban todos los hermanos a

la Misa mayor de la Parroquia, acompañados de sus padres» ⁹⁹.

Conservaba, además, esta familia ciertas tradiciones que le conferían un cierto aire patriarcal:

Acompañé una vez a la hermana Francisca a su casa —cuenta otra religiosa— y contemplé una escena, llena de significado de respeto y generosidad. Era el día de Navidad. Todos los menores de la familia, por orden, recibían estrenas de los mayores, mas antes les rendían una muestra casi de veneración. Se reunió toda la familia y el padre y la madre se sentaron en el centro de la habitación. El sacerdote, D. José, se acercó al padre y le besó la mano y luego hizo esto con la madre y recibió de ellos su regalo. Vino luego la hermana Francisca que hizo lo mismo al padre y a la madre y luego a su hermano sacerdote, y cada uno le dio su estrena. Y así siguieron los otros hermanos según su edad. Sólo el menor no tuvo que dar estrena y sí recibirla tras besar la mano de todos los demás ¹⁰⁰.

Muy pequeña aún, dio muestras, María, de poseer un carácter dominante, que su madre, mujer fuerte y tierna a un tiempo, supo contener y enderezar:

A los tres o cuatro años —comenta una hermana suya— empezó a ir a la escuela. Mi madre la

⁹⁹ PI, p.1152.

¹⁰⁰ PI, p.1153.

llevaba siempre e iba de buena gana, pero un día, sin más, le dijo: «No quiero ir más a la escuela». No hubo manera de convencerla. Volvieron a casa, pues estaban ya en camino y mi madre la encerró en un cuarto. Ella lloraba y se desmelenaba. Finalmente se durmió profundamente. Mi madre, entonces, la cogió, la lavó y la acostó. La cosa duró varios días. Mi madre mantuvo su actitud aunque la llamaba a comer, la limpiaba y la peinaba. Al cuarto día, la madre la llevó a la escuela y fue ya de muy buena voluntad; como si nada hubiese sucedido¹⁰¹.

A María le fueron bien las letras. Llegó a ser la primera de la clase. Las dificultades de la familia eran muchas, sin embargo, y, tan pronto como tuvo edad para ayudar a su madre en las labores del hogar, abandonó el pupitre para saber de escobas y cacerolas:

Ya desde niña, María ayudaba a mi madre en la crianza de sus muchos hermanos y en las faenas de la casa. Su actitud era tal, que no se notaba que faltaba la madre, que iba al campo a trabajar con mi padre. Todo estaba a punto, en orden y limpio. Nosotros la obedecíamos como a una madrecita. Nos enseñaba y educaba¹⁰².

Cuando fue un poco mayorcita, también María tuvo que salir de casa a ganarse el pan con el sudor de su frente. Trabajó primero en algunos almacenes, escogien-

¹⁰¹ PI, p.827.

¹⁰² PI, p.854.

do y envasando naranjas y cebollas en Rafelbuñol mismo o en pueblos más o menos cercanos. Unas veces, cuando la distancia era grande, marchaba el lunes para regresar el sábado y se quedaba a dormir en los mismos almacenes o casas donde trabajaba. Otras veces, salía muy de madrugada al trabajo y hacía a pie una o dos horas de camino, que tenía que desandar al finalizar la jornada. Su comportamiento en esta época era el de una cristiana cabal:

*La norma de su conducta era hacer el bien. Hacía lo posible por oír cada día la Misa en el pueblo en que estábamos y rezar el Rosario. Cuando no podía hacerlo en la Iglesia, decía a sus compañeras: Chicas, ¿rezamos el Rosario? Y las que querían le acompañaban en el rezo*¹⁰³.

Tendría unos diecisiete años, cuando encontró un trabajo que le encantó:

*Un señor rico del pueblo con varios niños y niñas pequeños, quería tener una joven que los cuidase y acompañase. Este señor que era amigo de mis padres, les rogaba que le enviasen una hija para que atendiera a sus pequeños. María, la mayor, fue la designada y cumplió este oficio como una madrecita delicada*¹⁰⁴.

Parece ser que fue precisamente desempeñando este trabajo de cuidadora cuando María comenzó a

¹⁰³ PI, p.812.

¹⁰⁴ PI, p.862.

pensar en «meterse monja»¹⁰⁵. Estaba entonces en la flor de la juventud y su belleza llamaba tanto la atención de los muchachos, que al pasar por la calle solían piropearla¹⁰⁶. Ella no se alteraba, continuaba su marcha como si nada. Su ser femenino se sentía halagado, pero era más fuerte la llamada que sentía del Señor. Y a fin de poder ver claramente la voluntad de Dios, oró con más insistencia y pidió consejo a un Padre Capuchino del Convento de la Magdalena. Pero cuando ya decidida fue feliz y contenta a comunicárselo a su madre le cayó encima un jarro de agua fría:

—*¡Eso es un capricho, una ilusión tuya!*, respondió la madre. *Dices esto porque vas mucho al Convento de la Magdalena y algún capuchino te ha metido en la cabeza la idea de ser monja.*

—*¡No!*, insistió María. *La que no tiene vocación no puede permanecer monja y se sale. Yo tengo verdadera vocación y quiero perseverar.*

—*Cuando seas mayor* —cortó secamente su madre— *podrás hacerlo libremente*¹⁰⁷.

María lo pasó verdaderamente mal entonces. Estaba como atontada. «Inteligente como era, no acertaba una en casa. Algún día llegó a no preparar la comida para

¹⁰⁵ PI, p.862.

¹⁰⁶ PI, p.850.

¹⁰⁷ PI, p.829.

sus padres y hermanos»¹⁰⁸. Con el paso de los días, superó esta crisis y se hizo a la idea de que tenía que esperar. Aprovechó, pues, el tiempo en ampliar su escasa instrucción. A ella siempre le gustó aprender más y se decidió a suplir en casa la cultura que no pudo conseguir en el colegio:

*Lo hizo por correspondencia con su hermano José, que estaba en el Seminario de Valencia. Yo conservaba las cartas que le enviaba su hermano a manera de otras tantas lecciones, a fin de que aprendiese*¹⁰⁹.

Por esta misma época, un señor, abrió en Rafelbuñol una pequeña fábrica de juguetes y María entró a trabajar en ella. Fue un modo de ser útil de nuevo a la economía familiar en los años que le faltaban para la mayoría de edad. La experiencia en esta fábrica fue muy positiva para María. Su carácter abierto, comunicativo y alegre le ayudó también aquí a testimoniar con normalidad su fe y sus principios religiosos:

*Había en el taller de juguetes un hombre que, por nada, blasfemaba. María, con su trato afable y atractivo, le dijo: «¿Por qué quieres ofender a Dios? ¡Oféndeme a mí!» El hombre le contestó: «Pero a ti, ¿si no me has hecho nada!» Ella añadió: «Y Dios, ¿te ha hecho algo?» Y entonces el hombre, confundido, concluyó: «¡Por ti no ofenderé a Dios! ¡Por tí!»*¹¹⁰.

¹⁰⁸ PI, p.856.

¹⁰⁹ PI, p.854. Cf. *ibidem*, p.828.

¹¹⁰ PI, p.829.



Rafelbuñol. Iglesia y casa (a la derecha) donde nació, vivió y partió para el martirio la Hermana Francisca Javier

También en esta fábrica, le salió a María un pretendiente. Era un joven tornero que se había prendado de su belleza y del color moreno de su piel. El joven insistió varias veces en que fueran novios y construía para ella bonitos juguetes que le regalaba. Ella no lo despreció nunca. Lo trató siempre con naturalidad y sencillez de compañeros¹¹¹. Tenía ya decidido en su interior el futuro. Algunos dicen que fue este joven el que años después la mató. ¿Quién sabe? Lo cierto es que por algún tiempo él vivió para ella.

Un día, María fue al taller más contenta que de costumbre. Hacía unos meses que había cumplido los veinte años y sus padres le habían concedido el ansiado permiso para marchar al convento. Sin pérdida de tiempo, había ido a hablar con las Terciarias Capuchinas de Masamagrell. Pronto llegaron a un acuerdo y todo quedó concertado para el día 13 de noviembre de 1921. Y hoy, sábado, era la víspera.

Al terminar el trabajo se despidió efusivamente de sus compañeras y también de los compañeros y del joven tornero. Extrañadas sus amigas de que se despidiera de este modo, cuando sólo se trataba de un fin de semana, le dijeron:

*¡Has hecho hoy algo que no habías hecho nunca!
¿Qué te pasa, María?*¹¹².

¹¹¹ PI, p.830.

¹¹² PI, pp.840 y 830.

María no contestó a sus amigas. Quiso guardar en secreto aún su determinación. Lo sabrían a hechos consumados.

Al día siguiente, al despuntar el alba, salió con ligero equipaje camino de Masamagrell. Este domingo ya no oiría la Misa mayor en Rafelbuñol acompañada de sus padres y hermanos, la oiría en la pequeña capilla de las religiosas que desde hoy eran sus hermanas. Dos días más tarde, llegó a Altura para iniciar el postulanteado.

El 11 de mayo de 1922 vistió el hábito de la Congregación y cambió su nombre por el de *Francisca Javier*. Durante los dos años que entonces se hacían de noviciado, tuvo la gran suerte de poder saludar y escuchar muchas veces al P. Amigó, que era entonces obispo de Segorbe y que algunas tardes salía a pasear hasta el vecino noviciado. De sus labios oyó estos consejos que les daba:

*¡Sed buenas y observantes! Tened devoción a N.P.S. Francisco imitándolo. Tened devoción a la Virgen de los Dolores para compadecerla y obtener su protección especialmente en la hora de la muerte. Llamadla: «Nuestra Madre de los Dolores». Os recomiendo que penséis que las muchachas de los reformatorios son hermanas, hijas desamparadas, a quienes debéis tratar con todo cariño. No tienen tal vez a nadie y las tenéis que corregir y educar cristianamente y preparar para que no sean analfabetas en la vida*¹¹³.

¹¹³ PI, p.1072.

En el noviciado tuvo también ocasión la hermana Francisca de experimentar la verdad que encierran estas sabias palabras del P. Amigó:

Tendréis que sufrir no poco unas de otras, pues la diferencia de caracteres, temperamentos, educación y nacionalidad sirven para nuestra mortificación y santificación. Nos quiere el Señor mártires a los religiosos, con martirio lento que unos a otros nos damos, y por lo regular sin quererlo ni pensarlo ¹¹⁴.

Le tocó sufrir mucho. Era soñadora y espontánea, sentimental e idealista. Y las personas que son así reciben normalmente muchos palos en la vida. A veces a los adultos les gusta jugar a ser mayores, como a los niños, y confunden madurez con falta de creatividad, de alegría, de espontaneidad, de ganas de hacer algo distinto, de viveza de sentimientos. Acostumbrada a decir las cosas como las pensaba, sin cálculos ni malicias, la hermana Francisca, se vio confrontada muchas veces por algunas hermanas en las que su personalidad provocaba envidias. Maduró y mucho en estos dos años, pero maduró bien, sin perder la riqueza humana de su afectuosa personalidad ni la natural simpatía de su carácter alegre:

Recuerdo — cuenta una compañera suya — que en el noviciado alguna vez, durante la hora de recreo, cogía la sillita y la ponía encima de la mesa y se sentaba allí. Si le preguntaban por qué hacía esto, respondía con la mayor naturalidad: «¡Para verlas a todas bien!» ¹¹⁵.

¹¹⁴ OCLA, 1860.1935.

¹¹⁵ PI, p.1101.

Finalizado el tiempo de noviciado, la hermana Francisca hizo sus primeros votos el 11 de mayo de 1924 y quedó de comunidad en la misma casa de Altura para proseguir su formación e iniciarse en el apostolado.

Las superiores, conocedoras de sus aptitudes y del interés que mostraba en perfeccionar sus conocimientos, le facilitaron proseguir los estudios de música y piano que había iniciado siendo novicia:

La piedad y el piano constituían su obsesión. Ponía un gran afán en aprender la música. Dos días a la semana íbamos a Segorbe a dar lección de piano con un sacerdote. Durante el camino me decía: «La música me eleva mucho a Dios». Yo la miraba y veía que su cara se transformaba. Era muy sentimental. Las hermanas que le tenían un poco de tirria decían: «¿Si no ha de aprender! ¡Si no es buena para nada!»¹¹⁶.

Fue también encargada del servicio de huéspedes. Pero lo que más le gustaba y para lo que tenía verdadera vocación era la atención y educación de las niñas internas. Con la cercanía de su afecto y con la sabiduría de sus consejos, las ayudó a crecer humana y cristianamente y les dejó un recuerdo indeleble:

La hermana Francisca era sumamente cariñosa con todas las colegialas, ella nos enseñaba los cantos. No se impacientaba cuando no los aprendíamos

¹¹⁶ PI, p.1183.

pronto sino que nos decía: «¿Queréis que os lo cante yo primero y cogeréis mejor la entonación?» A veces, dejándonos llevar de lo mucho que la queríamos, le decíamos: «Hermana, ¡que ojos tan bonitos tiene y qué aseada va siempre! En el mundo sería elegante. ¡Lleva unas tocas tan bien planchadas y los zapatos tan brillantes...!» Y ella nos contestaba: «Mirad, las esposas de Jesús hemos de ir siempre muy aseadas, pues Él se lo merece todo».

Nos decía también cómo debíamos amar a la Virgen y contarle todas nuestras cositas y nos preguntaba con la sonrisa en los labios: «¿Verdad que queréis mucho a vuestras madres? Pues a la Virgen, Madre de Jesús y Madre nuestra, tenéis que amarla aún más».

En las reuniones y juegos solía repetirnos: «Perdonaos unas a otras, pues todas sois hijas de Dios. No busquéis ser siempre las primeras en los juegos, pues, a imitación de S. Francisco, también en los juegos debéis dar la preferencia a las amiguitas».

Un día, hablando de lo que estaba pasando en Méjico nos dijo: «Mirad, chiquitas, nuestra Patria verdadera es el Cielo y hemos de estar muy bien preparaditas para que si viene una revolución aquí en España y quisieran matarnos, sepamos morir por Cristo. ¡Qué dicha tan grande ser vírgenes y además conseguir la palma del martirio!»¹¹⁷.

¹¹⁷ PI, pp.868-872.

El 30 de agosto de 1928 la hermana Francisca hace en Altura sus votos perpetuos y, al poco tiempo, es destinada al Colegio de Meliana. También aquí se ganó el corazón de las muchachas pensionistas:

Servía a la mesa o a lo que fuese necesario acudir. Servía para todo. Era buena de veras. Siempre contenta y afable. Nosotras, viéndola tan joven le decíamos: «¿Cuántos años tiene? ¡Debió entrar religiosa muy joven!» Y ella, bromeando, respondía: «¡Eso no se pregunta! ¡Es pecado!»

A veces le hacíamos algún regalito. Lo agradecía con su viva sonrisa y añadía: «Se lo presentaré a la Superiora, como manda nuestro reglamento»¹¹⁸.

Supo también conquistar el afecto de las gentes del pueblo con su amabilidad:

Era muy cariñosa y amable. Como en el Colegio no tenían teléfono, las hermanas usaban el nuestro. A veces venía la hermana Francisca y, si estábamos terminando de comer, decía a mi madre: «Espere un poco y, apenas termine de hablar, le lavo los platos»¹¹⁹.

Y se ganó incluso la confianza y aprecio de su Superiora, la misma con la que no había llegado a congeniar estando las dos en Altura. «Tenía esta hermana su carácter y, en ciertas ocasiones, como suele decirse, daba un puñetazo sobre la mesa»¹²⁰. La hermana Fran-

¹¹⁸ PI, pp.820-822.

¹¹⁹ PI, p.821.

¹²⁰ PI, p.821.

cisca llegó a quererla como era y acabó sabiéndole llevar el genio. Cuando la veía muy exaltada, se limitaba a sonreír y la pobre Superiora desarmada, exclamaba: «¡Para ella todo es igual!»¹²¹. Con el tiempo la hermana Francisca fue su persona de confianza y en algunos asuntos delicados le decía: «Hermana, ¡vaya usted y arréglole como sabe!»¹²².

No sabemos con seguridad cuándo salió de Meliana la hermana Francisca. Lo cierto es que en 1931, cuando la quema de conventos en mayo estaba en Masamagrell. Y cuando las superiores decidieron por precaución que las religiosas abandonaran las casas y se refugiasen con sus familiares, la hermana Francisca marchó a Rafelbuñol con un grupo de novicias del Norte:

*Eran unas treinta. Fue acomodado el «porche» de la casa, que era grande y durmieron allí. Igualmente, comieron con todos los de la familia hasta que se fueron a sus casas respectivas. Esto duró varios días*¹²³.

La hermana Francisca permaneció en casa de sus padres hasta final de septiembre. Mientras estuvo aquí «vistió de seglar, atendió a las faenas de casa y cumplió regularmente sus deberes de piedad como religiosa»¹²⁴. Sin embargo no se la veía contenta:

—¡Te veo triste! ¿Por qué? ¿Qué te pasa?, le decía su madre.

¹²¹ PI, p.821.

¹²² PI, p.821.

¹²³ PI, p.1152.

¹²⁴ PI, p.841.

—*No estoy en mi sitio, en mi centro*, respondía ella.

—*¡Cómo! ¿Esta no es tu casa? ¿No haces lo que quieres? Todos estamos para atenderte. ¿Qué te hace falta?*, insistía como ofendida la madre.

—*Hágase cargo de mi situación*, le explicaba Francisca. *Sería como si usted estuviese sin el padre. ¡Así estoy yo!*¹²⁵.

Hacia el año 1932, la hermana Francisca fue destinada al colegio que las Terciarias Capuchinas tienen en Benaguacil. Estuvo también poco tiempo, pero dejó igualmente la impronta de su buen hacer apostólico:

*Las niñas que tenía a su cuidado estaban muy contentas del trato que les daba y la querían todas. Y no sólo las niñas iban detrás de ella, sino también las personas que la trataban. Las que hablaban con ella, quedaban encantadas*¹²⁶.

Desde Benaguacil, regresó a Masamagrell. Venía ahora como ayudante de la maestra de novicias y como encargada del canto. Eran los años del *bienio negro* que precedió a los acontecimientos de 1936. Las que estuvieron con ella, de novicias, la recuerdan así:

Era muy buena y ejemplar con nosotras. Por la mañana, atendía los servicios de la casa y el lunes

¹²⁵ PI, pp.841-842 y 858.

¹²⁶ PI, p.836.

iba al lavadero como las demás postulantes y novicias. Estaba con nosotras en las labores, a las que entonces nos dedicábamos más. Hacía los hábitos de las religiosas. Planchaba y enseñaba a planchar las tocas. En una palabra, enseñaba y ayudaba a las novicias ¹²⁷.

La veo todavía en la terraza del noviciado, durante el recreo de la noche en verano, siempre mirando y deseando el cielo. Exclamaba son sencillez: «¿Cómo estaremos allí? ¿Qué será el cielo?» Y añadía: «¡Ay! Cuando estemos en el cielo, cantaremos el cantar de la Virgen» ¹²⁸.

El tema de la muerte y del martirio le preocupó de un modo especial durante los últimos meses de su estancia en Masamagrell:

Un día, en el ensayo, dijo: «No somos nosotras dignas de ser mártires» ¹²⁹.

En otra ocasión, preocupada por el pensamiento de lo que le podía suceder si estallaba la guerra, le confió a su compañera de lavadero: «¿Sabe lo que voy a hacer? Dejaré sin terminar la ropa que estoy lavando e iré a la Capilla y me encomendaré a Dios para que me dé la fuerza si llegase la ocasión» ¹³⁰.

¹²⁷ PI, p.1145.

¹²⁸ PI, p.1044.

¹²⁹ PI, p.1092.

¹³⁰ PI, p.1101.

Pero cuando en julio de 1936 las novicias tuvieron que salir precipitadamente del Noviciado y se refugiaron durante la noche en la casa del señor «Chuán», la hermana Francisca, que las acompañaba, dio muestras una vez más, en medio de lo trágico del momento, de su carácter alegre y espontáneo:

Estábamos a oscuras, acostándonos en los colchones que habían traído del Convento, cuando aparece la hermana Francisca, vestida con el hábito y cofia de noche, con una candela en la mano, exclamando: «¿Nosotras no vamos a tener la dicha de morir mártires?» A pesar del peligro, estaba alegre y de buen humor¹³¹.

La hermana Francisca Javier, morena, bastante alta, elegante y con unos grandes ojos negros llenos de expresividad, llamaba la atención por la alegría y jovialidad que hemos apreciado a lo largo de su vida:

Tenía —sintetiza una hermana— un carácter muy bueno. Era alegre y simpática, graciosa y apacible. Su trato era agradable. Estaba siempre contenta, como que la llenaba su vocación religiosa¹³².

La alegría, unida a la profundidad de su vida espiritual, le confería especial atractivo:

Era una monja muy monja, un tipo de mujer que atrae a la gente. Era muy sociable con la gente y con

¹³¹ PI, p.1144.

¹³² PI, p.1079.

*las chicas que trataba en plan de suscitar vocaciones religiosas. Alternaba mucho con todos*¹³³.

Combinó armoniosamente, al estilo mismo del P. Amigó, la pobreza con la limpieza y con la sencilla elegancia.

Trabajadora y dispuesta, «iba delante con el ejemplo en el cumplimiento de los deberes, oficios o servicios»¹³⁴.

Dotada para la música, puso sus talentos, con el entusiasmo con que hacía todas las cosas, al servicio de los demás:

*«Estamos ensayando —escribía en 1936 a la Madre General— una Misa nueva muy solemne para cuando regrese. ¡Si oyerá cantar a las novicias...! Parecen un coro de ángeles». Así era siempre, activa y entusiasta en todo*¹³⁵.

Su piedad, nacida en el seno de una familia profundamente católica, fue creciendo también, gracias a sus deseos de constante superación:

La formación cristiana que recibió de sus padre y la influencia de su hermano José —cuenta su confesor— contribuyeron en mucho al buen espíritu que

¹³³ PI, pp.980 y 1082.

¹³⁴ PI, p.981.

¹³⁵ PI, p.1090.

*tenía. Siguiendo la imitación del Señor, ella quería más y mejor como un alma selecta. Era dócil y fue perfeccionándose. Una vez religiosa, vivía verdaderamente su consagración. Profesa ya, tendía a mejorarse y se esforzaba por conseguir la perfección cristiana dentro del estado que había abrazado por voluntad y con gusto*¹³⁶.

¹³⁶ Pl, p.846.

X. Rosario, Serafina y Francisca. Mártires de la fe

Es muy simplista pretender distinguir un «bando de los buenos» y un «bando de los malos» entre las dos Españas que se enfrentaron en la guerra civil. En ambos lados hubo gente movida por ideales altruistas y gente que actuaba por intereses egoístas más o menos disimulados y disfrazados.

Pero limitándonos a los hechos, y sin entrar en valoraciones y enjuiciamientos, hay un dato innegable: la persecución sufrida por la Iglesia en el bando republicano ha sido de las más feroces y sangrientas de las que guarda recuerdo el cristianismo en sus casi dos mil años de existencia.

Esta persecución no es justificable amparándose, como algunos pretenden, en razones de resentimiento social contra el clero por su pretendida alianza secular con las clases pudientes.

Es cierto que en España anidaba un cierto sentimiento anticlerical que se había ido fortaleciendo desde el siglo anterior. Pero la persecución a la Iglesia en 1936, verdadera carnicería humana, fue más bien el fruto de ciertas consignas políticas.

Marx habló de la religión como «opio del pueblo» pero esto no supone necesariamente en su ideología el exterminio físico de las personas religiosas. De hecho, el comunismo histórico, en un primer momento, arrinconó a la Iglesia pero no la martirizó de forma sistemática y despiadada. Fue a partir de la concepción estalinista del comunismo cuando se desató verdadera y cruenta persecución contra la religión. Y la persecución española, ligada políticamente a Moscú tuvo, como principal razón en

medio de tanta irracionalidad, el odio a la fe. Odio ciego y sin sentido que provocó la muerte martirial, entre otros muchos miles de católicos, de las hermanas Rosario, Serafina y Francisca. Su único delito fue ser religiosas.

Rosario y Serafina, unidas en el martirio

Las hermanas Rosario y Serafina, al dejar la Casa religiosa, se refugiaron, como ya sabemos, en casa de la señora Filomena Martínez, viuda de Pichastor, popularmente conocida como *Carmen dels Mudets*. Este refugio, por la conocida condición de católica practicante de la señora Filomena, no era de lo más seguro para las hermanas. Ella sabían del peligro e intentaron cambiar de puesto:

*Tenga compasión de mí, pobrecita vieja —escribía la hermana Rosario a otra religiosa— y prepárame un rincón donde me pueda ocultar*¹³⁷.

*¡Que feliz usted que tiene a donde ir! —comentaba con otra hermana, la hermana Serafina—. Yo no sé a quién dirigirme para que me tenga en casa. No puedo dirigirme a Navarra ocupada por las fuerzas nacionales. En fin, Dios dispondrá lo que le plazca*¹³⁸.

Al no conseguir su propósito de encontrar fuera de Masamagrell un refugio más seguro, las hermanas Serafina y Rosario decidieron separar su suerte, marchándose ésta a casa de otra pobre viuda que vivía en la actual calle de San Juan. Nadie, excepto la hermana Serafina,

conocía su paradero.

Desde su nuevo refugio, la hermana Rosario escribía a las hermanas de Ollería, que habían podido continuar desarrollando allí su apostolado:

*Si me matan, atribúyanlo a mis pecados. ¡Estoy sin ver el sol, ausente de mi Esposo y separada de mis hijas!*¹³⁹.

Mientras tanto, la hermana Serafina continuó recibiendo a las religiosas que, desorientadas, venían a pedir consejo:

¹³⁷ PI, p.1042.

¹³⁸ PI, pp.1114-1115.

¹³⁹ PI, pp.1017-1018.

En la casa de Carmen dels Mudets vimos a la hermana Serafina. Nos abrazamos y cambiamos algunas impresiones. Nos dijo: «¿Adónde van? ¿Adónde van? ¿Verdad que les falta dinero?» «No nos falta», contestamos. «¡Pobres angelitos!, —continuó la hermana Serafina. —¡Ay! ¿dónde van? ¡Ya veremos! Lo que Dios quiera»¹⁴⁰.

Pasado un tiempo, enterado el comité de Puzol de que en casa de la señora Filomena estaban escondidas las superiores de la Casa de Masamagrell vinieron, armados de fusiles, pistolas y ametralladoras a practicar un registro. Insultaron brutalmente a la pobre viuda, a sus dos hijas y al hijo sordomudo. Era el 20 de agosto de 1936.

Al registrar la casa, encontraron escondidas en el piso superior a la hermana Serafina y a la hermana Benjamina de Gama, quien, no pudiendo marchar a Santander, se había refugiado también allí. Al no encontrar a la hermana Rosario, los milicianos empezaron a amenazar a la familia, y la hermana Serafina, temiendo que sufrieran su misma suerte aquellos buenos samaritanos que les habían dado cobijo, acabó por revelarles el escondite¹⁴¹.

Había llegado entre tanto a la casa «dels Mudets», la denominada *columna de la muerte* con el coche que había pertenecido al Arzobispo de Valencia y que ahora,

¹⁴⁰ PI, p.1169.

¹⁴¹ PI, p.1169.

adornado con una calavera en medio, llamaban *el fantasma*. Los milicianos obligaron entonces a la hija menor de doña Filomena a que los acompañara al escondite de la hermana Rosario. Llegados allí, dejaron libre a la joven y detuvieron a la hermana a la que, entre insultos y amenazas llevaron hasta el coche.

Hicieron salir a continuación, de la casa donde estaban, a las hermanas Serafina y Benjamina. El hijo sordomudo de doña Filomena, que les había tomado mucho cariño quiso impedirlo, pero fue golpeado y arrojado al suelo. Y los milicianos, tras llevar a las hermanas al coche y cargar en él los ornamentos y vasos sagrados que les habían incautado, partieron de allí. Era ya muy de noche ¹⁴². La hermana Rosario al ver que habían detenido también a la hermana Benjamina, rogó a los milicianos:

—¡A ésta, no le hagan nada!¹⁴³

Lo que siguió después nos lo cuenta la misma hermana Benjamina, que se libró de la muerte:

Desde Masamagrell, nos dirigimos a Rafelbuñol donde cogieron al capuchino P. Leandro. A las once, llegamos a Puzol y entramos en el Comité, ubicado en el que había sido convento de las Hermanitas de los Pobres. Estábamos muy asustadas. Primero nos pasaron a una habitación, las hermanas Rosario y Serafina se

¹⁴² PI, pp.887-888.

¹⁴³ PI, p.1020.

sentaron en dos sillas y yo en un colchón en el suelo, las tres juntas rezábamos y nos preparábamos para morir.

Nos llevaron después la cena y nos dijeron que como era tan tarde nos juzgarían al día siguiente. A mí me dijeron que pasase a otra habitación y yo, no sé cómo, sin decir nada me fui. En ella había dos milicianos en una cama y en un colchón en el suelo Asunción, de Masamagrell, que yo conocía, y me dijeron que me acostase con ella. Ésta era buena y en seguida me dijo que me quitase el anillo porque me comprometía.

Al día siguiente a ella y a las hermanas las hicieron trabajar muy pronto. A mí, a eso de las nueve, me llamaron para desayunar. Fui a una habitación donde estaban las hermanas Rosario y Serafina sentadas en una mesa y un miliciano a cada lado. Había mucho desorden. Estaban tiradas por el suelo las cosas que habían requisado. Yo desde la noche anterior ya no pude hablar con ellas. No quisieron tomar el café con leche, yo me imagino que debía tener coñac o alguna cosa para embriagarlas, pues querían que declarasen dónde estaba el dinero. Alguien me dijo que por la noche las oyó gritar y que decían: «Antes, mátennos». Yo pienso que les querían hacer alguna barbaridad.

Los milicianos trataron muy mal a las hermanas. Tenían las manos quemadas de limpiar somieres y de fregar. Un chico me dijo que le dio mucha pena ver cómo estaba barriendo una de ellas la escalera y un

*miliciano que pasaba le dio un empujón con la culata de la escopeta y le dijo: «Aún no sabe coger la “granera” (escoba)»*¹⁴⁴.

La noche del 22 de agosto sacaron a las hermanas Rosario y Serafina para darles *el paseito* hasta las inmediaciones de Puzol en la carretera de Vall de Uxó. La hermana Rosario, animosa hasta la hora del martirio, antes de ser fusilada, se sacó el anillo y se lo entregó a su verdugo diciendo: —«Toma, te lo doy en señal de que te perdono».

El miliciano volvió a Puzol impresionado y sólo acertaba a decir:

*—¡Hemos matado a una santa! ¡Hemos matado a una santa!*¹⁴⁵.

Lo que no sabía este joven es que la hermana Rosario se había ofrecido como víctima a Dios antes de comenzar la contienda:

*La hermana Rosario —dice su confesor— me pidió permiso para ofrecerse como víctima de expiación por los pecadores, por la Iglesia y por la Congregación, y morir mártir si llegaba el caso. Yo le concedí el permiso y el Señor le otorgó la gracia*¹⁴⁶.

¹⁴⁴ PI, pp.895-896.

¹⁴⁵ PI, p.891.

¹⁴⁶ PI, p.656.

Al día siguiente del martirio, la miliciana que les había dado «el tiro de gracia» comentó con la hermana Benjamina:

—*¡Ya he matado a tus compañeras!*

—*¿Cómo tienes valor para eso?*, preguntó la hermana.

—*¡Yo estoy deseando matar!*, concluyó ella ¹⁴⁷.

La Superiora General que estaba de Visita Canónica en Colombia, al llegarle el telegrama que le anunciaba la muerte martirial de las hermanas Rosario y Serafina, se retiró inmediatamente a la capilla con su secretaria y con gran fervor rezaron juntas el *Tedeum* y el *Magnificat*:

El dolor intenso que sentía, se mitigó con la alegría de considerar que dos de sus Consejeras Generales, habían recibido la palma del martirio, habían entregado su vida por Cristo ¹⁴⁸.

Terminada la guerra, el joven que recibió el anillo de la hermana Rosario y que quedó tan impresionado de su gesto, se presentó a la hermana Benjamina y le mostró el anillo. Y, al preguntarle la hermana cómo había tenido coraje para hacer aquellas cosas, le respondió:

—*No nos quedaba otro remedio* ¹⁴⁹.

¹⁴⁷ PI, p.896.

¹⁴⁸ PI, p.893.

¹⁴⁹ PI, p.896.

Francisca, la mártir de Rafelbuñol

Después de pasar la primera noche fuera del Convento en casa del señor «Chuán», la hermana Francisca marchó a Rafelbuñol con su madre, que había venido a recogerla a Masamagrell.

Los primeros días de estancia en su pueblo natal fueron tranquilos:

*Al principio de la guerra, las cosas iban bien en Rafelbuñol. No sucedía nada de anormal en la vida del pueblo. Los sacerdotes y religiosos gozaban de libertad de movimiento. Nadie les molestaba en lo más mínimo. El Comité que se había formado y hecho cargo del pueblo quería que no sucediese en él lo que acaecía en otros pueblos*¹⁵⁰.

La hermana Francisca, llevada de su finura y pulcritud naturales, aprovechó estos días de sosiego para adecentarse y asearse de acuerdo a las circunstancias:

Como tuvo que vestir de seglar —cuenta una hermana suya— quiso, desde el primer momento, vestir limpia y aseada con la distinción que era posible a los suyos, que tanto la querían. Pronto se fue a Valencia, a un peluquero, para que le arreglase el cabello y se lo dejase más bien corto. Cuando se presentó en el pueblo, la gente decía: «¡Mira como va la “moncheta”!

¹⁵⁰ PI, p.842.

¡La monjita se ha arreglado!» Su misma madre le preguntaba por qué se había cortado el pelo, pues pensaba que largo era más conforme a lo que tenía que ser una religiosa. Pero María —como la llamábamos en casa— respondía con toda sencillez: «El aseo no quita virtud. El ir así no me quita el amor de Dios» ¹⁵¹.

Por este mismo tiempo, se le fijó a la hermana Francisca la idea de marchar a América para colaborar con sus hermanas Terciarias Capuchinas que ejercían allí el apostolado. Un sexto sentido le hacía prever que aquella tranquilidad era pasajera y que lo mejor era salir cuanto antes de España. No quería, sin embargo, irse sin la bendición de sus padres y también en esta ocasión le tocó ablandar el recto carácter de su madre:

Un día la hermana Francisca hizo a su madre una rara amenaza: «Si no me da el permiso para irme a las Américas, le voy a secuestrar a papá. No le pertenecerá más». Sabía, ella, que sus padres se querían con delirio. Eran llamados en el pueblo: «San José y la Virgen». Siempre iban juntos, tanto si salían a trabajar como a pasear por el pueblo.

Sólo entonces condescendió la madre: «Ya te puedes marchar a las Américas. Te doy mi bendición. Vete» ¹⁵².

¹⁵¹ PI, p.832. Cf. *ibidem*, p.858.

¹⁵² PI, pp.833 y 842. Cf. *ibidem*, p.860.

No sabemos si llegó a arreglar los papeles, lo cierto es que no llegó a salir de Rafelbuñol.

A finales de agosto, el Comité local, «temiendo que pudieran venir gentes de otros pueblos a imponer su ley de atropellos y terror, decidió reunir y esconder a los sacerdotes y religiosas, hijos del pueblo, en la bóveda de la iglesia parroquial»¹⁵³. Mientras estuvieron aquí, los familiares se preocuparon de llevarles puntualmente la comida y atenderles en sus necesidades.

Pocos días estuvieron, sin embargo, en esta especie de «prisión-refugio». Habían llegado rumores al pueblo de que los anarquistas iban a venir para «ejecutar lo que se tenía que hacer con los sacerdotes y religiosas»¹⁵⁴. Ante tales rumores, el Comité de Rafelbuñol tuvo miedo, liberó de su encierro protector a quienes había reunido en la iglesia y los abandonó a su suerte.

Entonces, la mujer que años atrás había tenido a la hermana Francisca como niñera de sus hijos se ofreció a ocultarla en su casa. Pero tampoco este refugio fue prolongado, pues «el Comité de la F.A.I. dio un bando por el que se mandaba que se presentaran en su sede los sacerdotes, religiosos y religiosas que hubiere en el pueblo. En caso contrario, detendrían a los familiares»¹⁵⁵.

¹⁵³ PI, p.842.

¹⁵⁴ PI, p.843.

¹⁵⁵ PI, p.843.

Volvió, pues, la hermana Francisca a su casa paterna y comenzó su verdadero calvario. Todos los días, al amanecer, tenía que presentarse en los locales del Comité junto con su hermano José, el sacerdote.

Ella fue destinada a trabajar durante todo el día en las faenas de la casa Abadía, donde residían los milicianos y sus mujeres:

*Allí, fregaba, lavaba, cocinaba y tenía que limpiar los retretes con agua fuerte o salfermán, que le quemaba las manos y le hacía sufrir horriblemente*¹⁵⁶.

Al llegar a casa, al anochecer, «el rostro de la hermana Francisca delataba la tortura que había sufrido durante el día. Tenía los labios blancos, exangües»¹⁵⁷. Pero una vez entre los suyos, no quería comentar nada de sus trabajos y sufrimientos cotidianos. A veces su madre, para animarla un poco, le decía:

—¿No ves cómo habla tu hermano?

—Ya oigo hablar bastante en el Comité, respondía ella, volviendo a su mutismo¹⁵⁸.

Solía aprovechar estos momentos de tranquilidad en el hogar familiar para hacer oración. Tenía especial predilección por «leer los Evangelios»¹⁵⁹.

¹⁵⁶ PI, pp.859 y 1107.

¹⁵⁷ PI, p.1023.

¹⁵⁸ PI, p.1107. Cf. *ibidem*, p.859.

¹⁵⁹ PI, p.860.

El clima de violencia era cada día más patente y la hermana Francisca, como un día Cristo en el Huerto de los Olivos, comenzó a atormentarse ante el pensamiento de una muerte próxima. La fe madura a la persona en humanidad, pero respetando la naturaleza. Y es muy natural y humano sentir miedo y angustia cuando está por «deshacerse nuestra morada terrenal». La fe y la esperanza en que «la vida no termina, sino que se transforma» fortalecen al cristiano en la hora de la verdad, pero no aniquilan sus instintivos recursos de autodefensa.

La hermana Francisca tuvo miedo, es cierto, pero también ella, como un día muy lejano los hermanos Macabeos, tuvo la gran suerte de encontrar a su lado una madre fuerte y llena de coraje, que la confortó:

—*¡Ay, madre, que me matarán! ¡Ay, madre, que me van a matar! ¡Yo no quiero que me maten! ¡Tengo miedo!*

—*¡No tengas miedo!* —le decía la madre—. *El Señor te ayudará si llega la ocasión. ¡Hija mía, no reniegues a Jesucristo, que te quiere mártir!*¹⁶⁰

Y así, confortada por la fe de su madre, fue superando la hermana Francisca su debilidad y llegó un momento en el que incluso bromeaba con lo que podía pasarle:

¹⁶⁰ PI, pp.1045.1101.1220.1221.

*Un día —recuerda una hermana suya— me cogió del cuello, me dio un mordisco en un lado y me dijo: «Por aquí te tirarán los tiros y, ¡al cielo!» Decía esto, refiriéndose a sí misma*¹⁶¹.

A mediados de septiembre, la situación empeoró aún más. En dos ocasiones distintas, los milicianos, ya muy de noche, fueron a buscar a la hermana Francisca y a su hermano José para llevarles al Comité. En ambas ocasiones, la familia, angustiada y en vela, llegó a pensar que no les volvería a ver. Pero no había llegado aún su hora.

Una de estas veces, comentaron los milicianos:

—¡Nosotros terminaremos con la religión!

*—A nosotros nos mataréis —respondió D. José— pero la religión triunfará*¹⁶².

En otra ocasión, que los llevaron hasta Masamagrell, una miliciana se fijó en el anillo que llevaba la hermana Francisca y con gran disgusto de ésta se lo quitó por la fuerza, diciéndole:

*—¿Para qué quieres esto?*¹⁶³.

Eran noches de terror. Francisca y su hermano José «esperaban de un momento a otro que los sacaran para

¹⁶¹ PI, p.834.

¹⁶² PI, p.816.

¹⁶³ PI, p.859.

fusilarlos, pero a la madrugada del día siguiente los devolvían a casa»¹⁶⁴.

Por este mismo tiempo, detuvieron por unos días a D. José y la hermana Francisca iba a llevarle la comida a la cárcel. Los milicianos, al verla, le decían:

—*Llévale la comida, si quieres. Luego te matarán a ti*¹⁶⁵.

Finalmente, el 27 de septiembre detuvieron definitivamente a la hermana Francisca y a su hermano sacerdote. El Comité encargó a los milicianos que fueran a buscarlos, pero uno de ellos, que era amigo de la familia y quería salvarlos, los disuadió de registrar la casa,

diciendo:

—*Pongo la cabeza que no están aquí*¹⁶⁶.

Pero no sirvió de nada el engaño. Poco después, otro grupo se presentó en la casa y detuvieron, primero a D. José y unas horas después a la hermana Francisca. Ésta, sin perder la dignidad natural de su porte, cruzó flanqueada por dos milicianos las calles del pueblo, que la habían visto jugar de pequeña y pasear airosa de joven:

Al sacarla de casa, pasearon a la hermana Francisca por las calles del pueblo acompañada de dos

¹⁶⁴ PI, p.816.

¹⁶⁵ PI, p.1102.

¹⁶⁶ PI, p.1107.

milicianos. Uno de ellos era su antiguo pretendiente. Ella iba despidiéndose y diciendo adiós, adiós, a las personas conocidas, que salían aterrorizadas a las puertas de las casas. Las mujeres al verla, se decían: «A esa la llevan a matar». Al pasar por delante de una casa, una mujer se acercó, le dio un beso y le dijo: «¡Adiós, hija mía!» Y entrando en su casa, esta buena mujer se echó a llorar, mientras repetía: ¡Pobre María! ¡Pobre María!»¹⁶⁷.

Los momentos que precedieron a la muerte fueron muy tensos:

Con la hermana Francisca, habían detenido también unos chicos. Los milicianos decían a ella y a ellos: «Si pecáis os libraremos». Pero ni ella ni ellos quisieron cometer algo ofensivo a los ojos de Dios.

Los milicianos continuaron después molestando e insultando obscenamente a la hermana, tanto que su hermano sacerdote les gritó: «Dejadla en paz o matadla de una vez»¹⁶⁸.

En la madrugada del día siguiente, 28 de septiembre, fue conducida al cementerio de Gilet con otros compañeros de martirio. Su hermano, sacrificado el mismo día, fue en una expedición diferente. La última voluntad de la hermana Francisca era que la matasen fuera del cementerio. Pero esta postrera súplica no fue escuchada.

¹⁶⁷ PI, pp.818 y 1221.

¹⁶⁸ PI, pp.1102 y 1157.

Una miliciano que asistió al fusilamiento confesó después que la hermana Francisca Javier murió diciendo:

—*Que Dios os perdone, como yo os perdono*¹⁶⁹.

Fue enterrada en un primer momento en una fosa común del mismo cementerio de Gilet. Al abrirse la fosa, se vio que los chicos martirizados con ella estaban debajo y ella, desnuda, encima¹⁷⁰.

Finalizada la guerra, la madre de la hermana Francisca «daba de comer en su casa a los hijos necesitados de los que mataron a los suyos y los besaba en señal de paz y perdón. Era el encargo que le hizo su hijo sacerdote, antes de ir a la muerte»:

—*Esto cambiará, madre mía. Triunfará el bien y la religión. Los que nos persiguen verán la verdad y nuestra conducta en la persecución*¹⁷¹.

Cuando le hablaban de sus hijos mártires, ella respondía resignada:

—*¡Es que el Señor los necesitaba y se los llevó!*¹⁷².

Y cuando en su vejez ya se acordaba de su María exclamaba:

—*¡María, tu tan joven en el cielo y yo, tan vieja, aquí!*¹⁷³

¹⁶⁹ PI, p.892. Cf. *ibidem*, p.1108.

¹⁷⁰ PI, p.1102.

¹⁷¹ PI, p.1266.

¹⁷² PI, p.1267.

¹⁷³ PI, p.1267.

Aurelia de Valencia. Una vida sin ruido

Además de Rosario, Serafina y Francisca, hay una cuarta hermana Terciaria Capuchina que murió dando testimonio de su fe durante la guerra civil española. Su causa de canonización no ha sido introducida por faltar detalles de su muerte martirial, pero no cabe duda que su testimonio de vida y de muerte es igualmente ejemplar.

La hermana Aurelia, que así se llamaba en religión la cuarta mártir, nació en Valencia el 7 de agosto de 1884, del matrimonio formado por D. Roberto Casanova y Doña Salvadora Ferrer. En el bautismo, celebrado el día 10 de agosto, se le impuso el nombre de *María Angeles*, *Angelina*, como cariñosamente la llamaban los suyos.

Sus padres, gente de buena posición y cristianos comprometidos le dieron una buena formación humana y religiosa.

Al marchar su familia fuera de Valencia por razón del trabajo del padre, que era abogado, Angelina fue internada en el Colegio de las Hermanas Franciscanas en la capital del Turia.

Muertos prematuramente sus padres, tanto Angelina como su única hermana, María, optaron por la vida religiosa. Ésta marchó a las Agustinas Recoletas y Angelina, que había conocido a las Terciarias Capuchinas

en Ollería y quedó impresionada por el cariño y desvelo con que atendían enfermos y ancianos, se vino con ellas.

El 8 de octubre de 1910 tomó el hábito religioso en Altura y cambió su nombre por el de *Aurelia*. Dos años después, también el 8 de octubre, hizo la primera profesión y cinco años más tarde, en 1917, los votos perpetuos.

Como religiosa, ejerció el apostolado de la enseñanza de las letras y de las labores. Tenía un don especial para los bordados. Pero se distinguió sobre todo por su disponibilidad para realizar los servicios más humildes de la casa y para ir a pedir limosna.

Tanto en Albalat de la Ribera como en Meliana, donde estuvo de comunidad dejó un cariñoso recuerdo entre las hermanas y entre las alumnas, cuyo corazón se ganó por su sensibilidad humana y por su dedicación.

Refugiada al inicio de la guerra en Valencia, fue detenida en una redada al ir a recoger una maleta que había dejado en una pensión. Y al ser interrogada, «no sólo no negó, sino que confesó sencillamente, sin picardía ninguna, que era religiosa»¹⁷⁴.

De las circunstancias de su muerte, sólo sabemos que fue conducida al Saler, donde la fusilaron, arrojando luego su cuerpo al lago. Algunos sostienen que esto

¹⁷⁴ *Oro Acrisolado*, (Archivo Gral. Terciarias Capuchinas, Roma) T. I, p.192.

sucedió el 22 de septiembre de 1936, otros afirman que fue el 21 de noviembre del mismo año.

La hermana Aurelia tenía un carácter agradable, cariñoso y alegre.

En lo espiritual era muy cumplida y observante. Tenía muy buen fondo y le brotaban naturalmente santas reflexiones. Solía decir:

—*Estamos en esta vida para santificarnos. Cuanto más suframos, más méritos tendremos en el cielo. Todo por Dios*¹⁷⁵.

Identificada con el espíritu de su Congregación, se distinguió por su pobreza, mortificación y obediencia, por su servicialidad y caridad, pero, sobre todo, por su sencillez y humildad. Mujer nacida en buena cuna, aprendió de Cristo, a través de Francisco, que la verdadera grandeza está en la minoridad y en el servicio:

*Era una persona que huía de todo brillo y apariencia. Quería pasar inadvertida. Parecía que la habían inyectado el espíritu de pequeñez. Se esforzaba por hacer el bien, procurando que nadie se enterase. Y decía: «Para ser santo, no es necesario hacer cosas grandes, sino hacer las pequeñas con pureza de intención y sobrenaturalizándolo todo»*¹⁷⁶.

¹⁷⁵ Oro Acrisolado, o.c. T. I, p.191.

¹⁷⁶ Oro Acrisolado, o.c. T. I, pp.188.196.199. y T. II, pp.283.386.

Sencilla y humilde en vida, le concedió el Señor que lo fuera también en una muerte de la que casi no conservamos noticias. Aurelia no será oficialmente mártir, pero su estela martirial brillará siempre en la viva tradición de las Terciarias Capuchinas.

XI. La persecución: una constante del Reino

Las bienaventuranzas son, sin lugar a dudas, la síntesis más perfecta del Evangelio y la expresión más lograda de su escala de valores.

En ellas está contenida, y expresada con la profundidad propia de la poesía, la verdad que Cristo vino a revelar al mundo. Una verdad que libera profundamente al hombre. Una verdad que madura a la persona en su humanidad. Una verdad que es, en definitiva, *el amor*.

Sólo quien aprende a amar madura integralmente. Hecho el hombre a imagen y semejanza de un Dios que es Amor, es el amor, la única base sobre la que puede cimentarse y construirse una equilibrada y feliz personalidad.

Pero la lección del amor es difícil de aprender. El egoísmo, raíz de toda equivocación vital, tiende a revestir con el manto de la entrega y de la apertura a los otros, lo que a veces es solamente provecho personal o posesión y dominio de los demás.

Por ello, las bienaventuranzas, al transmitir el mensaje de una verdad fundada en el amor, se van deteniendo en los matices que hacen del amor, una verdad. Y vienen a decirnos que el amor es tal si está entretejido de donación del propio ser y tener, de servicio a los demás, de fortaleza para morir a lo propio y crear comunidad con los otros, de justicia según el plan original de Dios sobre el hombre y la sociedad, de entrega preferencial por los más necesitados, de generosidad y limpieza de intenciones y de una gran paz interior y exterior.

Este mensaje de la verdad como amor y del amor de verdad es, sin embargo, profético por su propia naturaleza y crea divisiones y luchas tanto más fuertes y violentas, cuanto más fundada está una sociedad en consumismos, en ansias de poder, en injusticias legalizadas o en otras múltiples formas de egoísmos personales e, incluso, estructurales.

Cristo, consciente de esta realidad, declara que ha venido «a traer guerra y fuego», y llama la atención a sus discípulos durante el *Discurso de la Montaña*, del riesgo que asumen al aceptar este mensaje. La libertad siempre tiene un precio. Y el precio a pagar por la libertad evangélica, por la verdad y justicia sobre el hombre y la sociedad, es la persecución. La octava bienaventuranza, compendio y conclusión de las otras siete, es muy clara:

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Si, bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y

digán con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros ¹⁷⁷.

Allí donde la Iglesia es coherente con su mensaje es rechazada o perseguida. Y es tanto más rechazada o perseguida cuanto mayor es su coherencia. Las formas de persecución son, no obstante, muchas y variadas.

Hay persecuciones más solapadas, y no por ello menos dañinas, que intentan ganarse el silencio de la Iglesia con ofertas y prebendas. Los que así actúan saben que más les vale una Iglesia pervertida que perseguida.

Hay otras, realizadas con guante de seda, que no martirizan a la Iglesia, pero la amordazan y arrinconan en las sacristías.

Y hay otras, como la sufrida en España durante la guerra civil, que son verdaderamente sangrientas.

Estos diversos tipos de persecución —signo permanente del anuncio del Reino— acompañan a la Iglesia en su diario peregrinar por el mundo. Y la Congregación de Terciarias Capuchinas —parte de la Iglesia y ciudadana en muy diversas culturas y naciones— ha experimentado también en distintas épocas y países el riesgo de anunciar a Cristo y de colaborar en las construcción

¹⁷⁷ Mt 5,10-12.

de la *Civilización del Amor*. Lo sucedido en España en 1936 es para las Terciarias Capuchinas una expresión muy importante de su fuerza profética, pero no la única ni, por supuesto, la última.

China. Una aventura misionera

En las primeras Constituciones que el P. Amigó entregó a las Hermanas Terciarias Capuchinas, no incluye, entre los campos preferentes de apostolado de la Congregación, el de las misiones entre infieles, pero deja entreabierta la puerta al mismo:

*Si en algún tiempo la Sagrada Congregación de Propaganda Fide las pidiese para las misiones entre infieles, se prestarán con toda docilidad*¹⁷⁸.

No pasaron muchos años, y el propio P. Amigó abrió de par en par esta puerta a sus hijas.

El Señor le mandó un signo y él, hombre de fe, supo interpretarlo al momento. En 1903, sin nadie saber nada, llegó a Masamagrell una joven colombiana de buena posición que había tenido que escapar de casa para seguir la llamada del Señor en la Congregación de Terciarias Capuchinas. Este hecho, unido a la petición que los capuchinos de la Guajira venían haciendo a las hermanas para que fuesen allí, fue suficiente para que la

¹⁷⁸ OCLA, 2293.

Congregación, animada por su Fundador, se decidiera a recorrer los caminos del mundo, anunciando a Cristo donde aún no era conocido. Y en 1905 salieron hacia Colombia las primeras misioneras.

Años después, le tocó el turno a Venezuela. Y en 1929 iniciaban las Terciarias Capuchinas su apertura misionera a China. Las circunstancias de este nuevo viaje le conferían los tintes propios de una verdadera aventura. Las hermanas, escogidas entre las voluntarias, eran, como quería el P. Amigó, «sanas y robustas de cuerpo, constantes y fuertes en la fe»¹⁷⁹ y tenían un gran espíritu de amor, abnegación y sacrificio, pero se dirigían a un país del que desconocían la idiosincrasia, la cultura y el idioma. Un país sumido en la pobreza, en el bandidaje

y caos social, y en el que, además, había comenzado ya una verdadera guerra de guerrillas entre el poder establecido y los comunistas.

El 3 de noviembre de 1929 salen de Masamagrell las primeras elegidas. Se dirigen a la misión más pobre de China situada en la provincia de Kansú, la más extensa y occidental del país. Como hacían los misioneros de entonces, se despiden con un «hasta el cielo». El P. Amigó, anciano ya, no pudo contener las lágrimas. Sabía que no las volvería a ver. En los cinco años que aún vivió siempre tuvo para sus «chinitas» un cariño especial. Y cuando estando ya para morir recibe noticias de ellas, encuentra aún las fuerzas suficientes para aplaudir con debilidad y entusiasmo a la vez.

¹⁷⁹ OCLA, 2293.

El viaje hasta Pingliang, primera meta misionera de las hermanas en China, duró casi seis meses. Su estancia de veinte años en el país fue un continuo peregrinar. Todo dependía de los avances y retrocesos de la *Gran marcha* de Mao. Varias veces tuvieron que abandonar las misiones donde estaban y dirigirse, sorteando mil peligros, por caminos inhóspitos, a pie o en pobres caballerías, hasta encontrar nuevos sitios donde poder ejercer su apostolado en favor de los enfermos, de los pobres, de los encarcelados y, particularmente, en favor de las niñas desamparadas, abandonadas y hasta vendidas por sus propios padres:

Un día —cuenta una cronista— después de un durísimo combate, los comunistas lograron penetrar en la ciudad donde estábamos. Por el lado opuesto huía la

gente llena de pánico. También los misioneros, los seminaristas y nosotras emprendimos la fuga. Pasamos la noche en el monte, sin comer y heladas de frío; al día siguiente llegamos a un pueblo pequeño dentro de Mongolia. La gente, pobrísima, puso a nuestra disposición una habitación. Apenas teníamos para comer. Lo pasamos muy mal. Por fin, salimos, desafiando el peligro. En seguida encontramos a quien curar y asistir. Mientras nosotras atendíamos a los enfermos, los seminaristas aprovechaban la ocasión para sembrar la semilla evangélica. Tuvimos la satisfacción de bautizar a doce paganos y un mahometano, cosa muy difícil¹⁸⁰.

Las misiones de Pingliang, Sifengchen, Paishui y Kingchow, todas ellas en Kansú, conocieron el espí-

¹⁸⁰ IRIARTE, Lázaro, o.c. pp.255-256.

ritu de entrega y de sacrificio de las Terciarias Capuchinas. Tres hermanas murieron allí y sus cuerpos fructifican las tierras de China como una esperanza de futuras expediciones misioneras de la Congregación a aquellas exóticas tierras. Las gentes con las que trabajaron, cristianos y no cristianos, reconocieron y apreciaron su entrega y generosidad. El texto que aquí se transcribe, sacado de las pancartas que un funcionario pagano del mandarinato mando llevar en el funeral de una de las hermanas son un testimonio elocuente de este reconocimiento:

Desde su juventud juró guardar perpetua castidad hasta la muerte —y conservar la inocencia de la niñez— renunciándose a sí misma. Llena de misericordia y caridad, ha merecido retornar a su Salvador.

*Los ejemplos de sus virtudes permanecerán eternamente. Su voz y su figura, separadas para siempre de nosotros, quedan profundamente grabadas en nuestra mente. Su alma, pura como la nieve, ha merecido ya entrar en el Paraíso*¹⁸¹.

Desde 1940, una parte del territorio en el que estaban las misiones atendidas por las Terciarias Capuchinas quedó ya definitivamente bajo el dominio comunista. Y a finales de 1948 la victoria comunista en el país era ya un hecho. Poco a poco las cosas se fueron poniendo más difíciles para los misioneros cristianos:

¹⁸¹ IRIARTE, Lázaro, o.c. p.257.

*Al principio todo continuó lo mismo. Las cuatro hermanas Terciarias Capuchinas que quedaban en China, se concentraron en Sifengchen. Atendían a los rojos cuando iban a curarse, lo mismo que al resto de la gente. Pero la inseguridad aumentaba. Para poder salir a curar fuera de la población, debían proveerse de un salvoconducto. La penuria en la misión era grande, porque no llegaba ayuda de ninguna parte. Y todo hacía prever que no tardaría en presentarse a cara descubierta el plan antirreligioso y antiextranjero del régimen de Mao Tse-tung*¹⁸².

Y en efecto, así sucedió. El 27 de enero de 1949, las últimas misioneras Terciarias Capuchinas en China fueron obligadas a abandonar el país. Su corazón, sin embargo, quedaba para siempre «en aquel campo de evangelización, testigo de tantos trabajos, sobresaltos y alegrías»¹⁸³. No llegaron a derramar su sangre por Cristo, pero sufrieron en carne propia las consecuencias de una persecución desatada una vez más contra la fe cristiana.

Continuando el desafío

El P. Amigó, en su *Testamento espiritual*, al invitar a las Terciarias Capuchinas a ser *zagales del Buen Pastor*, les había dicho:

¹⁸² IRIARTE, Lázaro, o.c. p.258.

¹⁸³ IRIARTE, Lázaro, o.c. p.258.

*No temáis perecer en los despeñaderos y precipicios
en que muchas veces os habéis de poner para salvar la
oveja perdida*¹⁸⁴.

Y este desafiar los peligros y dificultades, vivido con radicalidad por las hermanas durante el cólera de 1885, durante la guerra española de 1936, o durante la aventura misionera en China, ha continuado aflorando después cuando la gravedad de las circunstancias ha requerido un testimonio extremado de amor. El caso de Armero (Colombia) es una buena prueba de ello.

Armero, fundado en el Departamento del Tolima el año 1895, era un pueblo joven pero curtido ya en la tragedia y el dolor

Las Terciarias Capuchinas eran vecinas del pueblo desde 1956 cuando el obispo de Ibagué las invitó a establecerse allí con la única condición de que «fueran santas».

En 1985, el Colegio de la Sagrada Familia había alcanzado ya su verdadera madurez. Sin aumentar excesivamente el número de alumnos, sin perder el «aire familiar» que lo caracterizó desde sus inicios, había ido extendiendo su acción educativa y evangelizadora más allá de sus aulas, adentrándose en el ambiente familiar de sus alumnos e insertándose en la pastoral de conjunto de la Parroquia.

¹⁸⁴ OCLA, 1831.

Las hermanas que regentaban el Colegio habían recibido ese año 1985 con una alegría especial. Se cumplía el primer centenario de la fundación de la Congregación. Las gentes de Armero, como tantas otras gentes de la geografía mundial, se disponían a unirse gozosas a la celebración jubilar de sus queridas hermanas.

Pero a poco de comenzar el año, negros presagios empezaron a cernirse sobre la población. El Nevado del Ruiz, el león dormido por mucho tiempo, empezó a dar signos de querer despertar de su letargo. Y Armero, como otros pueblos del contorno, empezó a vivir una larga pesadilla.

Cuando en el mes de abril, la Superiora Provincial visitó a las hermanas, la situación era ya muy preocupante. El volcán arrojaba continuamente ceniza que cubría las casas y las calles del pueblo con un manto lúgubre y que obligaba a los habitantes a protegerse con pañuelos en la boca al salir al exterior. La Provincial, viendo el peligro que corrían las hermanas les preguntó:

—¿Sabéis que estáis en peligro de muerte? ¿Qué pensáis hacer?

La comunidad, compuesta por las hermanas Bertalina Marín Arboleda, Julia Alba Saldarriaga Angel, Emma Jaramillo Zuluaga, Marleny Gómez Montoya y Nora Engrith Ramírez Salazar (novicia), respondió unánime:

—Moriremos con el pueblo... Y si quedamos vivos, acogeremos en nuestra casa a todos los que tengan problemas de vivienda... Esta casa es muy grande.

La hermana Provincial, no obstante, viendo muy desmejorada a la novicia, le dijo:

—Norita, cuando vayas de vacaciones, tendrás que quedarte en Medellín, te veo muy pálida.

Pero la joven religiosa insistió:

—Déjame terminar el año acá. Estoy contenta. Yo siento que el Señor me pide quedarme aquí.

El 13 de noviembre, al anochecer, sobrevino la catástrofe. Las caudalosas aguas provenientes del repentino deshielo de las nieves perpetuas del volcán arrasaron el pueblo. Al día siguiente, la radio y la prensa daban así la noticia de la tragedia:

Armero es una playa. Armero ha desaparecido. De Armero no ha quedado nada. Las casas están sepultadas. Miles y miles de personas han muerto bajo el lodo.

Dos de las hermanas, la superiora Bertalina y la novicia Nora Engrith, quedaron sepultadas para siempre en el gran cementerio en que se convirtió Armero. Una tercera, Julia Alba, falleció a los trece días en Bogotá, víctima de las heridas y sufrimientos producidos por la avalancha.

Como en 1885, año de la fundación de la Congregación, también ahora, en la celebración del primer Centenario, tres hermanas sellaban con la sangre su testimonio de amor a Dios en los hermanos.

Pero el caso de Armero, no es el último testimonio de amor hasta el extremo que nos ofrece la reciente historia de las Terciarias Capuchinas. No habían transcurrido todavía dos años desde aquella catástrofe, cuando la Congregación se tiñe de nuevo de rojo en la persona de la hermana Inés Arango.

Nacida en Medellín (Colombia), el 6 de abril de 1937, Inés Arango Velásquez tomó, a los diecisiete años, el hábito de las Terciarias Capuchinas. Su gran ideal, desde niña, fue el de ser misionera en Africa o en Asia. Hubiera querido partir hacia las misiones nada más profesar, pero en el reloj de Dios no había llegado aún su hora. Tendría que esperar veinte años y pasar su primera época de vida religiosa dedicada a la enseñanza en su país natal.

En 1977 su sueño misionero se hizo, por fin, realidad. Las Terciarias Capuchinas habían aceptado una obra misionera en la selva de Aguarico (Ecuador) y la hermana Inés iba en el grupo de las fundadoras. Era el 9 de marzo de 1977. Su primer destino Shushufindi. Poco tiempo estuvo, sin embargo, aquí. En agosto del mismo año, Inés va como responsable de una misión en Rocafuerte, que será desde entonces para ella el centro referencial de toda su actividad misionera en las tribus

indígenas de los alrededores. Aquí conoció al padre capuchino Alejandro Labaka, con quien se sintió identificada desde el primer momento y con quien le unió una profunda y sincera amistad. Eran dos espíritus gemelos. Él, avezado misionero que había anunciado años atrás el Evangelio en China; ella, novel misionera que venía a cumplir su ilusión de siempre. La gran preferencia de ambos fueron las minorías: los Sionas, los Secoyas, los Quichuas, los Shuaras y, particularmente, los Huaorani.

Alejandro e Inés, en su ilusión de anunciar a Cristo, se exigen cada vez más. Son conscientes de que un verdadero anuncio del Evangelio debe respetar la cultura indígena, asumiendo sus valores. Y para

conocer esos valores es necesario insertarse plenamente de su vida. En 1985, la Hermana Inés pide y obtiene permiso para irse a vivir por un tiempo entre los Huaorani.

La experiencia fue muy positiva e Inés la repitió en otras ocasiones. Cada día su espíritu misionero es más fuerte y comprometido. Está viviendo una madurez espiritual que asombra a los que la conocen.

En 1987 tuvo lugar en Bogotá el III Congreso Misional Latinoamericano. Terminado el Congreso, Inés regresa rápidamente a Rocafuerte, reconfortada por las palabras de ánimo y la bendición de la hermana General. Tiene ilusión por emprender cuanto antes un viaje hacia los Tagaeri, último reducto no

explorado aún de los Huaorani. La víspera del viaje se despide así:

—*Laura, me voy para los Tagaeri.*

—*¿No tienes miedo? ¿Y si te matan?*

—*¡Ah!, tranquilas, muero feliz.*

—*De verdad, Inés, ¿no te da miedo?*

—*No; porque si muero, muero como y donde se lo pido al Señor*¹⁸⁵.

El viaje, que no pudo hacerse el día previsto, se realizó al día siguiente, 21 de julio de 1987. El tiempo no era bueno. El cielo estaba grisáceo. Pero Alejandro e Inés insistieron en ir a toda costa. Ya tarde, partió el helicóptero, los dejó en medio de la selva, en el lugar escogido para el descenso y marchó a reponer combustible.

Cuando el helicóptero regresó, el piloto no logró localizar la choza. Se habían desorientado. Al día siguiente, 22 de julio, regresó el helicóptero y los tripulantes vieron horrorizados que el P. Alejandro estaba tendido, desnudo, junto a la choza. No vieron, sin embargo, el

¹⁸⁵ GRÁNDEZ, Rufino María, *Arriesgar la vida por el Evangelio*. Semblanza del Obispo Alejandro Labaka y de la Hermana Inés Arango, mártires de la Iglesia de Aguarico. Editorial Franciscana Aranzazu. Navarra 1989, pp.243-244.

cuerpo de Inés. Marcharon a buscar refuerzos y al volver al lugar encontraron a Alejandro y a Inés clavados al suelo con lanzas de chonta de tres metros y medio de longitud. Alejandro estaba desnudo y acribillado con quince lanzas. Inés, vestida con su sencilla túnica tenía clavadas tres. Los cuerpos estaban además totalmente perforados, al parecer, por otras lanzas más pequeñas.

Los misioneros y los socorristas que habían acudido recuperaron los cuerpos de Alejandro e Inés, pero su espíritu se quedó con sus queridos Tagaeri. Habían dado generosamente su vida por anunciar a Cristo.

Rosario, Serafina y Francisca, hacia los altares

El 5 de marzo de 1991, fue abierto en Valencia el Proceso para la canonización como mártires de las hermanas Rosario de Soano, Serafina de Ochovi y Francisca Javier de Rafelbuñol. Dos años después, el 23 de marzo de 1993, fue clausurado y sus actas fueron depositadas en la Congregación romana para las Causas de los Santos. Su estudio se realizará conjuntamente con el testimonio martirial ofrecido por la Iglesia de Valencia durante la guerra civil española. Un testimonio en el que, además de las Terciarias Capuchinas, quedarán incluidos sacerdotes, laicos, religiosas y religiosos de otras Congregaciones. Todo un conjunto multicolor de la Iglesia como Pueblo de Dios. Entre las causas que acompañarán la de Rosario, Serafina y Francisca merece destacarse aquí la de diecinueve Terciarios Capuchinos y la laica

amigoniana Carmen García Moyón. Esta última llegó a vestir en su juventud el hábito de las Terciarias Capuchinas con el nombre de *Esperanza de Nantes* y las hermanas la llamaron familiarmente mientras estuvo con ellas, *la francesita*.

Pero la mejor corona para Rosario, Serafina y Francisca es y será, sin lugar a dudas, el sentirse y verse rodeadas por las hermanas que en Masamagrell y Benaquacil les precedieron en 1885 en el testimonio de amor y por aquellas otras que, posteriormente, en China, en Armero y en Aguarico han contribuido a hacer de la historia de las Terciarias Capuchinas un poema de fortaleza y de ternura.

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO "FORTALEZA
Y TERNURA", DE LA CONGREGACION DE HERMA-
NAS TERCIARIAS CAPUCHINAS DE LA SAGRADA
FAMILIA, EL DIA 18 DE MARZO DE 1994, VISPERA
DE LA SOLEMNIDAD DE SAN JOSE, ESPOSO DE LA
VIRGEN MARIA, EN LA IMPRENTA SOCIEDAD ANO-
NIMA DE FOTOCOMPOSICION, TALISIO, 9. MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

«Cuando las Hermanas, llevadas por sus buenas cualidades, decían: ¡Qué gitana! Ella respondía divertida: ¡Soy la gitana de Jesús!»

«El carácter franco de la hermana Serafina era, a mi modo de ver, el de Natanael: He aquí un verdadero israelita, un corazón leal y sin engaño»

«Era alegre, jovial y buena. Una morena muy simpática, con unos ojos negros que hablaban»

Son tres pinceladas en el Proceso Informativo sobre el martirio de Rosario, Serafina y Francisca Javier, Hermanas Terciarias Capuchinas, que dibujan parte de su personalidad según algunos de los testimonios aportados en él; pero en la semblanza de sus vidas, relatadas por el P. Juan Antonio Vives, se deja ver más profundamente el espíritu de que estaban imbuidas, procedente del propio carisma de su Congregación, donde un estilo de vida evangélica, en pobreza y sencillez franciscanas, fe, amor y generoso sacrificio por sus hermanos estaba forjado en la propia escuela del P. LUIS AMIGO, su Fundador.

Bebiendo de ese manantial, y siguiendo la huella de otras hermanas que ya, desde la Fundación, consideraron que la capacidad de amar está en relación directa con la capacidad de sacrificio propio, dejando morir el propio yo para resucitar al mundo de los otros, fueron capaces, como *Zagales del Buen Pastor*, de no temer perecer en despeñaderos y precipicios para salvar a la oveja perdida, y llevando al límite el propio lema de la Congregación: AMOR, ABNEGACION Y SACRIFICIO, escribir con su vida y su muerte un verdadero poema de FORTALEZA Y TERNURA.

